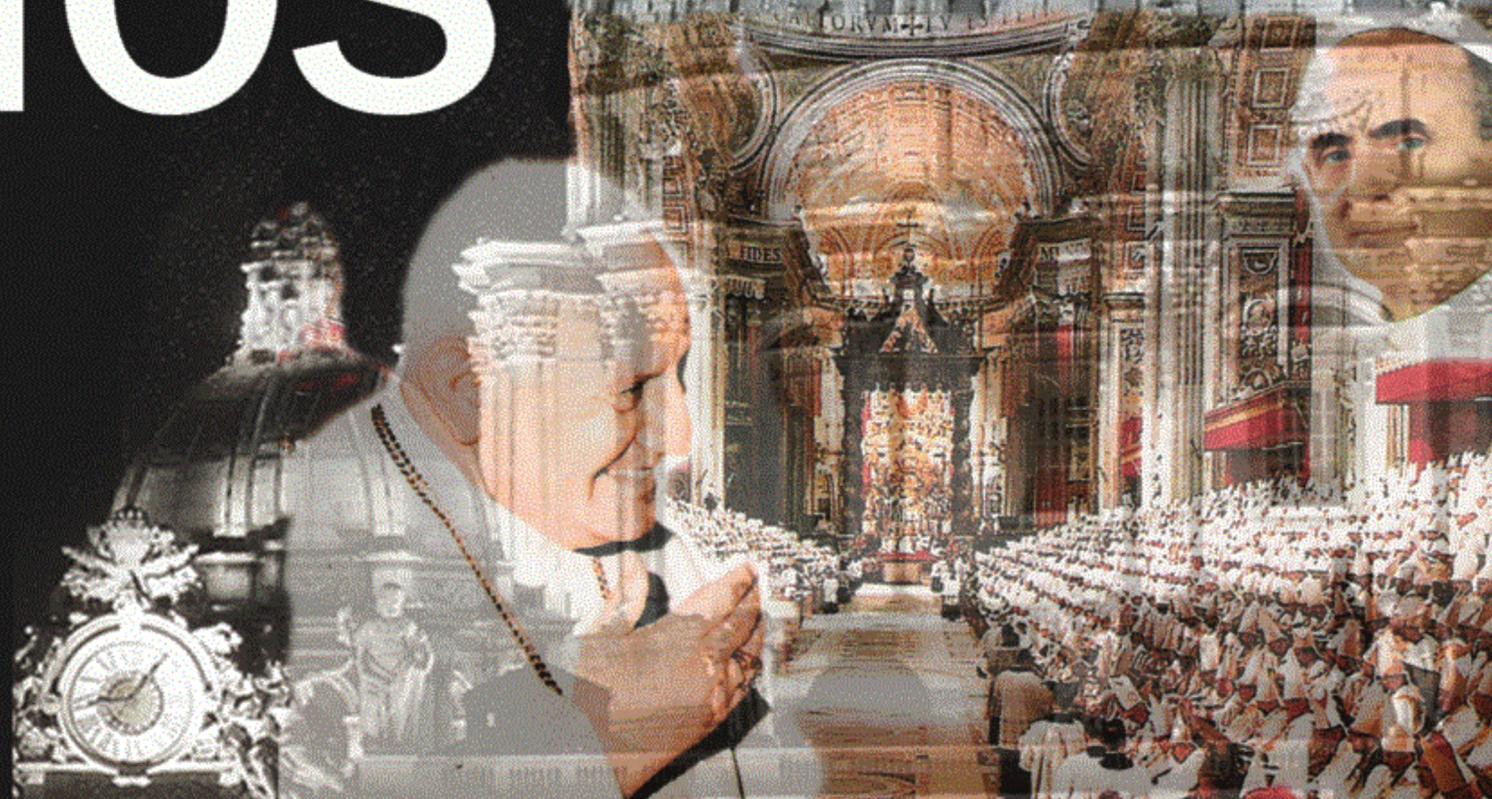


TH

TIEMPO DE HABLAR
TIEMPO DE ACTUAR

50 ~ AÑOS



TRIMESTRE 2º de 2012

129

¿Qué queda del Concilio?
Ni frustración ni mito:
un reto aún en marcha
Soy nieto del Concilio

MoCeOp

Movimiento Cellbato Opcional

tiempodehablar@ono.com
www.moceop.net

Coordinadora General:

Tere Cortés

Tfno 916821087
García Lorca, 47
28905 GETAFE
Sector 3 Madrid
Tfno 916821087

Coordinador Revista

José Luis Alfaro
Clara Campoamor, 12
02006 Albacete
Tfno: 967660697

Suscripciones

Jose Felix Lequerica
Joaquin Quijada, 33. 5º A
02004 Albacete

Equipo de Redacción

Andrés García Andrés Muñoz
Mª Luisa G. de José Ignacio Spuche
Salazar Cecilia Mirones
Pepe Laguna Joaquín Patón
Mónica Fontana Pilar Valentin
Jesús Chinarro Domingo Pérez
Ramón Alario Fernando Bermúdez
Faustino Pérez Deme Orte

Ayudas económicas GLOBALCAJA

caja rural de albacete
3190 0097 93 0009424920

Depósito Legal:

M-283272-
1986

Imprime:
Gráficas Cano
Ctra. Valencia, 10
967246266

3.- EDITORIAL

3.- Aún seguimos

4.- MOCEOP

4.- Moceop ante la
reforma laboral,
los recortes sociales
y el paro

6.- ¿Torres Queiruga
condenado?

7.- Solidaridad con

Torres Queiruga.

9.- ¿Qué pasa con los curas austriacos?

12.- Adios Pilar.

14.- ¿Qué queda del Concilio?

16.- LATINOAMÉRICA

16.- Escribe Lauro Macías

18.- TESTIMONIO

18.- Soy nieto del Concilio

21.- UN GRANO DE SAL

22.- Vaticano II: ni mito ni frustración:
un reto aún en marcha.

41.- SACRAMENTOS DE LA VIDA

41.- Unos abuelos raros.

46.- ENTRELÍNEAS

46.- A veces veo muertos.

48.- NOTICIAS PARA PENSAR

50.- RESEÑA

50.- LOBINGER, F. (2010). *El Altar vacío. Un libro
ilustrado para debatir sobre la falta de curas. Y
Equipos de ministros ordenados. Una solución para la
eucaristía en las comunidades.*

53.- CARTAS

53.- De Pilar Rahola a Gonzáles Faus

54.- EL PELÍCANO

54.- Picotazos de humor, don del espíritu

Sumario

editorial

La mañana del 11 de octubre de 1962, la plaza San Pedro era inundada por 2.500 obispos que se dirigían hacia la basílica vaticana. Se abría el Concilio del siglo XX y empezaba una nueva época para la Iglesia. Se notaba un entusiasmo general pero no faltaba el desprecio de algunos altos funcionarios de la curia vaticana, para quienes el Concilio no sería en todo caso más que un cohete sin explotar; decían: «Cuando se cansen de bostezar, los obispos volverán a casa». Pero en el discurso inaugural, en medio de una larguísima celebración en latín de casi 5 horas de duración, el Papa Juan XXIII sorprendió a todos.

El papa, con mucha sen-

cillez y con gran fuerza de ánimo, empezó diciendo: «La Madre Iglesia se alegra y exulta de gozo».

Era un comienzo para disipar los temores y los miedos y dejarse llenar por la alegría del Espíritu. Pero luego el papa no dejó de señalar con firmeza a los falsos «profetas de desdichas».

«En el ejercicio diario de nuestro ministerio apostólico sucede con frecuencia que disturban nuestros oídos las voces de aquellas personas que tienen gran celo religioso, pero carecen de sentido suficiente para valorar correctamente las cosas y son incapaces de emitir un juicio inteligente. En su opinión, la situación actual de la sociedad humana está cargada sólo de indicios de ocaso y de desgracia.

...Tenemos una opinión completamente distinta que estos profetas de desdichas, que prevén constantemente la desgracia, como si el mundo estuviera a punto de perecer. En los actuales acontecimientos humanos, mediante los que la humanidad parece entrar en un orden nuevo, hay que reconocer más bien un plan oculto de la providencia divina.» Estas frases resultaron ser una respuesta a los miedos de los eclesiásticos de su entorno más inmediato; y también una réplica a una tendencia que en todos los tiempos encuentra adeptos en la Iglesia.

Aquel día terminó con el famoso discurso improvisado de «la caricia para los niños» frente a cien mil personas que se congregaron con antorchas en la plaza San Pedro; esta celebración

aún seguimos

espontánea de la apertura del Concilio recordaba la aclamación popular en el Concilio de Éfeso y era una imagen clara de la Iglesia pueblo de Dios. El pueblo de Dios se había hecho presente en la primera jornada del Concilio. Las palabras sencillas y paternales del papa revelaban una vez más que él no reivindicaba primados, infalibilidades o privilegios, ni ante sus hermanos los obispos reunidos en Concilio, ni ante cualquier persona.

Como entonces, hoy, hay quienes siguen se empeñan en que el Concilio siga siendo un cohete sin explotar. Hay que reinterpretarlo, con prudencia, con pausa... Es decir hay que conseguir que el concilio tan solo haya sido unos bostezos de obispos que ya murieron.

Como entonces, hoy, hay quienes aún seguimos pensando que una primavera comenzó y sigue. Hay quienes aún nos creemos aquello de "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de las personas de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón". También nosotros deseamos una iglesia en continua primavera, donde las puertas y ventanas estén abiertas, don el frescor entre y donde la fraternidad sustituya a códigos y leyes.

mo

ce

op

moceop ante la reforma laboral, los recortes sociales y el paro

Como ciudadanos conscientes y como cristianos, estamos siguiendo con preocupación las consecuencias tan negativas que la última Reforma laboral, aprobada por el nuevo gobierno, está provocando en los sectores populares y en los trabajadores.

Compartimos con las organizaciones sindicales convocantes de las manifestaciones del pasado domingo, el análisis que hacen sobre dicha reforma, que va a suponer, ya lo está suponiendo, consecuencias gravísimas en los derechos de los trabajadores adquiridos durante décadas de luchas.

Lamentamos que muchos gobiernos hoy en Europa y en el mundo estén a merced de lo que dicten los llamados «mercados», cediendo abiertamente a sus pretensiones, aunque sea a costa de liquidar las conquistas sociales de todos estos años.

Contratos de tres años llamados «indefinidos» para las pequeñas empresas, pero con un año de periodo de prueba, durante el cual el trabajador podrá ser despedido sin indemnización y sin ningún tipo de derechos.

Nos preocupa que los parados que hayan agotado la prestación por desempleo puedan quedar para siempre en las listas del paro, ya que serán bonificados por las empresas aquellos trabajadores que estén cobrando el desempleo.

El despido será más fácil, más barato y más rápido para todos. Las indemnizaciones en vez de 45 días por año serán de 33 días con un máximo de 24 mensualidades en vez de las 42 de ahora. Podrán bajar el salario, cambiar horarios, cambiar de puesto de trabajo por razones de tipo económico, técnico, organizativo o de producción. Las empresas se podrán desvincular de los convenios sectoriales.

Los parados que estén cobrando el desempleo, podrán ser requeridos para realizar

tareas en beneficio de la comunidad. Y todavía los empresarios proponen ir más lejos y que al parado que se le ofrezca un trabajo - aunque sea en Laponia- y no lo acepte, se le retire el cobro de su prestación....

Todas estas medidas nos parecen verdaderamente injustas, además de ineficaces e inútiles para la creación de empleo.

Otra economía es posible. Hay alternativas, como han demostrado eminentes economistas nacionales e internacionales que son desoídos por el sistema. El actual sistema económico nos está llevando a todos hacia el abismo. Estamos viendo en nuestras familias, vecinos, pueblos y ciudades, los rostros concretos de quienes ya están padeciendo esta situación que les lleva a la exclusión social y a la desesperación.

Estamos comprobando cómo se producen recortes muy importantes en muchas comunidades autónomas en materias de educación, sanidad y asuntos sociales.

Ahí están las movilizaciones de estos días de los estudiantes valencianos y los de otras ciudades españolas.

Pedimos con nuestra débil voz mediática al Gobierno que rectifique esta reforma laboral oyendo a los representantes sindicales y recogiendo sus sugerencias.



Y a toda la sociedad española les decimos desde aquí que debemos unirnos todos contra esta situación y participar en las movilizaciones que se convoquen en las distintas ciudades de España o de Europa si es posible.

Jesús siempre estuvo a favor de los que menos tenían, de los excluidos de la sociedad.



Nosotros debemos también estar muy unidos a quienes hoy más sufren las consecuencias de esta política económica suicida. Es hora también para la solidaridad, el vivir austeramente y el compartir con quienes sufren en sus carnes las consecuencias de la crisis, el paro y una reforma laboral tan agresiva contra los intereses de los trabajadores.

Es por eso que también desde aquí pedimos a nuestros obispos que la Iglesia tenga gestos concretos para denunciar las consecuencias de esta reforma laboral y para donar parte de las muchas propiedades que posee en toda España, para compartir con los que más están sufriendo calamidades y miserias por la falta de trabajo o vivienda.

Valoramos enormemente el papel que está haciendo Caritas Española, pero creemos que también nuestros obispos deben compartir con aportaciones económicas y de bienes, ofrecerse al pago del Ibi y decidiendo de una vez la autofinanciación de la Iglesia española, tal como está previsto en los actuales Acuerdos Iglesia-Estado.

Estos gestos de nuestros máximos responsables eclesiales, en momentos tan duros de crisis como los que vivimos, son hoy muy necesarios.

¿torres queiruga condenado?

Los obispos ponen en «sospecha» al teólogo Andrés Torres Queiruga

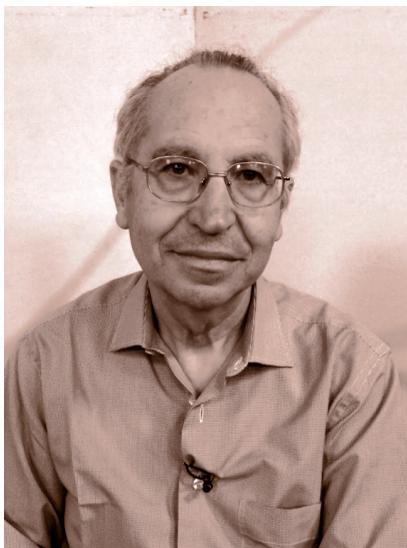
Es uno de los teólogos españoles con más peso en el orbe católico. Sus escritos son estudiados en las facultades. Goza de alto prestigio incluso entre la curia vaticana. Y, sin embargo, el celo inquisitorial de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, que preside el arzobispo de Granada, Javier Martínez (primer prelado juzgado en España), ha decidido condenar toda la obra teológica de Andrés Torres Queiruga.

En esas fechas, el teólogo gallego se encontraba en Chicago (EEUU), en la reunión anual de la revista *Concilium*, la publicación más prestigiosa sobre teología católica. Torres Queiruga se mostró sorprendido. “Nadie ha hablado conmigo”, aseguró.

Como suele ser práctica habitual de la Conferencia Episcopal Española “no ha habido diálogo de ningún tipo sobre cuestiones que merezcan ser aclaradas o discutidas”. “[La condena] no sólo me resultaría muy ajena al más elemental sentido democrático, sino

totalmente contraria al Evangelio, puesto que se cuestionaría la fe y se condenaría a un teólogo sin escucharlo previamente”, afirma el afectado.

Varios expertos definen a Queiruga como “un teólogo serio y profundo que quiere elaborar una teología puesta al día y en diálogo con la sociedad y con el hombre de hoy”. Si no media una intervención de Roma, podría ser apartado de la Iglesia, en una decisión muy cuestionada incluso en ciertos sectores del Episcopado. Y sin el aval del Vaticano.



Desde muchos lugares, desde muchos ambientes no cesan de aparecer en los medios de comunicación notas de adhesión a Andrés Torres Queiruga y a su teología. Sería demasiado extenso poner aquí todas las que han llegado a nuestra redacción. Baste para muestra dos botones: el escrito de un grupo de teólogos y el manifiesto que MOCEOP ha publicado.

Solidaridad con Torres Queiruga

Como compañeros y amigos de Andrés Torres Queiruga queremos hacer públicas las siguientes reflexiones:

1. En nuestra condición de católicos y miembros de la Iglesia agradecemos el trabajo intelectual que Andrés Torres Queiruga ha venido realizando durante más de cuarenta años...

Y somos testigos de que, al mismo tiempo, su fe en el Dios Antimal ha exigido y estimulado su pensar teológico («crede, ut intelligas», "cree para entender"). Por todo ello nos parece muy grave que el texto de la Notificación no contenga ni una palabra de reconocimiento de su entrega intelectual o de agradecimiento por el bien que ha hecho a la fe de los cristianos...

2. Sin renunciar a pronunciamientos posteriores y más extensos sobre la Notificación, ahora hemos de señalar lo siguiente:

a. La teología que resume la Notificación difícilmente recibiría el aprobado en un examen de la mayoría de las Facultades teológicas del mundo...

b. No es de recibo que el "Catecismo de la Iglesia Católica" sea uno de los referentes desde el que se evalúa y se juzga la consonancia de la teología de

Andrés Torres Queiruga con la verdad de la fe...

c. Como viene siendo habitual en los últimos tiempos, también en este caso el magisterio episcopal identifica su teología con la verdad de la fe...

d. Se acusa a Andrés Torres Queiruga de «reducir la fe cristiana a las categorías de la cultura dominante» y de «eliminar u oscurecer la novedad introducida por la Encarnación del Hijo de Dios». Quienes le imputan tan grave acusación lo hacen desde una fe expresada en las categorías propias de una cultura venerable, pero obsoleta. Al actuar de ese modo, ¿no serán ellos los que están reduciendo la fe a las categorías de esa cultura?...

e. Es falso que, como afirma la Notificación, se haya "mantenido un diálogo extenso y detenido con el Autor". Un encuentro de un par de horas con algunos miembros de la Comisión firmante para señalar las cuestiones teológicas a debate, y ello cuarenta y ocho horas antes de firmarse la Notificación, está lejos de lo que debe ser un diálogo serio, profundo y sincero, y tiene toda la apariencia de buscar una coartada que no engaña a nadie.

f. Terminamos animando a Andrés Torres Queiruga a que prosiga con libertad y fortaleza su trabajo de reflexión y de investigación teológica para el mejor servicio a la Iglesia y el impulso a la credibilidad del anuncio evangélico ante los desafíos de la cultura actual.

4 de abril de 2012

Joaquín Perea, Josep Antoni Comes,
Jesús Conill, Adela Cortina, Rafael
Díaz-Salazar, Antonio Duato,
Teresa Forcades, Carlos García de
Andoin, Joaquín García Roca, M^a
Dolors Oller, José Miguel Rodríguez,
Demetrio Velasco, Javier Vitoria y
José Antonio Zamora.

Andrés Torres Queiruga

**Recuperar
la creación**

**Por una religión
humanizadora**

Sal Terrae

**Presencia
teológica**

Moceop se solidariza con el teólogo Andrés Torres Queiruga

hemos leído con indignación y estupor la nueva condena o «notificación» al eminente teólogo Torres Queiruga. Queremos manifestar lo siguiente:

Expresar nuestra absoluta disconformidad con esta manera de proceder de la Comisión de obispos que lo ha condenado, porque el método empleado no nos parece en absoluto correcto, ni justo, ni adecuado.

Si tienen algo que censurar, debieran haber empleado otros procedimientos distintos como el mismo Queiruga ha manifestado, donde se hubieran podido debatir más en profundidad e imparcialidad, con presencia más amplia de especialistas y del propio interesado, los puntos objeto de debate.

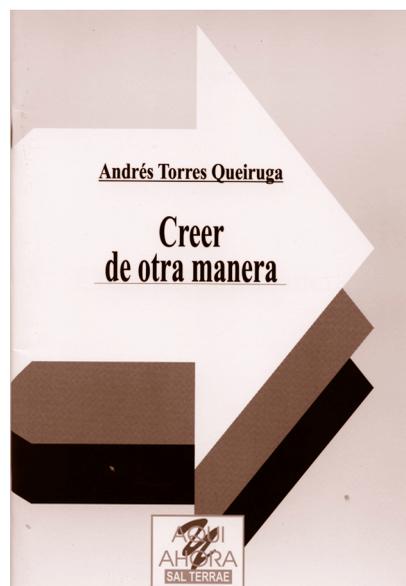
Creemos además que en esta forma de proceder hay una gran falta de estilo evangélico, de talante fraterno, de diálogo sincero, de deseos de hablar serenamente entre hermanos. Es un estilo impositivo, autoritario, poco dialogante impropio de quienes debieran dar mejor ejemplo de estilo cristiano.

No nos extraña que hechos de este tipo se vengán sucediendo, después de la reciente declaración de la Comisión Teológica Internacional que dijo «que los

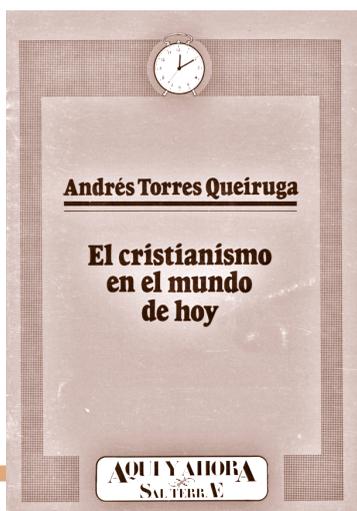
teólogos deben someterse» (sic) a los obispos. Y como el Vaticano controla a los teólogos, pues todo queda atado y bien atado. Ya lo dijimos no hace muchos días con motivo de la condena de otro gran teólogo, Juan José Tamayo, en nuestro comunicado «El Vaticano y los teólogos» y que no vamos ahora a volver a repetir.

Expresar desde aquí nuestra solidaridad con Queiruga, quien lleva muchos años acompañándonos con sus escritos, libros y reflexiones sobre aspectos importantes de nuestra fe que nos han ayudado durante todo este tiempo. Le animamos desde aquí y le recomendamos que siga adelante en su trabajo de investigador, para hacer más asequible las formulaciones teológicas con la cultura del hombre actual, labor por otra parte, que el Vaticano II encomendó fervientemente a los teólogos y que por lo visto los obispos parece que han olvidado.

31 de Marzo de 2012



Andrés Torres Queiruga, lleva muchos años acompañándonos con sus escritos, libros y reflexiones, sobre aspectos importantes de nuestra fe que nos han ayudado durante todo este tiempo.



¿qué pasa con los curas austriacos?

Nuevo manifiesto de sacerdotes contrarios al celibato

Los «curas rebeldes» austriacos reclaman a la Iglesia la inclusión de los divorciados, gays y sacerdotes casados. Protestan «por una Iglesia más creíble»

Un nutrido grupo de sacerdotes austriacos, que el pasado verano llevaron a cabo una «Llamada a la desobediencia», movilizándose en favor del celibato opcional y de la plena participación de mujeres y laicos en la Eucaristía, y provocando la conmoción en el centro de Europa, han vuelto a emitir un manifiesto en el que «protestan por una Iglesia más creíble». En el mismo, «decimos una y otra vez NO» a determinadas actitudes del gobierno de la Iglesia, centradas en las «apariciones fugaces» para administrar la comunión en lugar de «ofrecer un hogar espiritual y emocional» a los fieles.

Éste es el nuevo manifiesto de los sacerdotes austriacos:

Desde aquella 'Llamada a la desobediencia' en la que nos comprometimos a dar muestras de nuestra propia responsabilidad en la renovación de nuestra Iglesia, hemos

recibido manifestaciones de acuerdo y apoyo de todas partes, tanto de nuestro país como del extranjero, salvo en lo que respecta a los obispos: primordialmente silencio y, en algunas ocasiones, violento rechazo. Frente a la actual penuria de parroquias y una actividad pastoral bajo la presión de la escasez de sacerdotes y su avanzada edad, decimos una y otra vez NO:

1.- Decimos NO cuando nos piden que nos ocupemos cada vez de más parroquias adicionales porque solo seríamos celebrantes itinerantes y dispensadores de sacramentos para personas que carecen de un adecuado cuidado pastoral. Nos oponemos a hacer una aparición fugaz en distintas localidades sin poder encontrar ni ofrecer un hogar espiritual y emocional.

2.- Decimos NO a presidir cada vez más eucaristías de fin de semana porque una cantidad excesiva de servicios y homilias se traducen frecuentemente en rituales superficiales y sermones rutinarios, perdiendo fuerza los encuentros, el discurso y el trabajo pastoral.

3.- Decimos NO a la unión o al cierre de parroquias cuando no se puede nombrar a un párroco. En estos

casos, es la escasez la que manda en vez de cambiar las normas nada bíblicas de la Iglesia para hallar una solución a la escasez. La ley está hecha para las personas, no al revés, máxime la ley de la Iglesia que solo está para servir al pueblo.

4.- Decimos NO a la sobrecarga de trabajo del párroco al que se le pide que cumpla con numerosas tareas, lo que impide disponer del tiempo y la energía para tener una vida espiritual, y al que se le pide que siga trabajando muchos años después de la edad de la jubilación. Esta demanda excesiva de trabajo repercute en una menor eficacia de su ministerio.

5.- Decimos NO cuando el derecho canónico emite un juicio excesivamente duro y sin piedad hacia los divorciados que osan volver a casarse, las parejas del mismo sexo que viven en familia, los sacerdotes que, rotos por el celibato, han iniciado una relación y hacia tantas personas que siguen su propia conciencia antes que una ley hecha por hombres.

Debido a que el silencio suele interpretarse como aceptación y porque queremos ser fieles a nuestra responsabilidad como sacerdotes y

pastores, hemos tenido que expresar estos cinco puntos de Protesta. Una 'protesta' ('pro teste', en latín) es literalmente un 'testimonio para' la reforma de la Iglesia, también para nosotros los pastores que queremos ser. La ausencia de alegría con la que se dirige hoy la Iglesia no es un buen testimonio del 'gozoso mensaje' que nos debe motivar. Porque «no queremos ser dictadores sino compañeros de trabajo para traeros la alegría» (2 Cor 1:24).

Decimos NO cuando el derecho canónico emite un juicio excesivamente duro y sin piedad hacia los sacerdotes que optan por el matrimonio, las parejas del mismo sexo y los divorciados.

No cabe duda de que a Benedicto XVI le preocupa la 'rebelión' protagonizada por sacerdotes austriacos e irlandeses que piden reformas dentro de la Iglesia, como permitir que el celibato sea opcional, la ordenación sacerdotal de mujeres y de personas casadas y la comunión a los católicos divorciados vueltos a casar.

En la basílica de San Pedro del Vaticano, el día de jueves santo, durante la Misa Crismal, el Papa reprochó «la desobediencia organizada» de los curas y afirmó que ese no es el camino de renovación, sino «sólo un afán desesperado de hacer algo, de transformar la Iglesia según nuestros deseos y nuestras ideas».

Benedicto XVI salió al paso del «llamamiento a la desobediencia» realizada por más de trescientos sacerdotes y diáconos de Austria en un segundo manifiesto que encontró eco en Irlanda, donde lo han suscrito unos 600 sacerdotes.

Además, ha tenido seguimientos en otros países europeos.

El Pontífice señaló, sobre el sacerdocio de la mujer que son cuestiones cuestiones sobre las que Juan Pablo II ya declaró ***«de manera irrevocable que la Iglesia no ha recibido del Señor ninguna autoridad sobre estos».***

En su homilía, el Papa lamentó que ***«un grupo de sacerdotes hubiera publicado en un país europeo una llamada a la desobediencia, aportando al mismo tiempo ejemplos concretos de cómo se puede expresar esa desobediencia, que debería ignorar incluso decisiones definitivas del Magisterio».***

Benedicto XVI zanjó la controversia afirmando que «la configuración con Cristo es el presupuesto y la base de toda renovación», y recordando que «los santos nos indican cómo funciona la renovación y cómo podemos ponernos a su servicio».

Helmut Schüller, líder de los curas rebeldes austriacos, manifestó sentirse satisfecho con la homilía del Papa pues, según dijo, es «Una explicación papal abierta y sin sanciones canónicas».

El movimiento de los curas austriacos se ha extendido a otros países y «es probable que esta internacionalización haya llevado a Ratzinger a tratar por primera vez en público el tema de la desobediencia de Austria»

Por primera vez, Benedicto XVI habló, en la solemne homilía de la misa crismal y ante más de 1.300 curas y religioso, de «un



grupo de sacerdotes» que «en un país europeo ha lanzado una llamada a la desobediencia», preguntándose si «la desobediencia es una forma de renovar la Iglesia» y reiterando que en temas como la «la ordenación sacerdotal de las mujeres hay «decisiones definitivas del Magisterio». Helmut Schueller, el líder de los curas rebeldes austríacos, citados por el Papa, austríacos, se muestra satisfecho de las afirmaciones de Benedicto XVI.

Helmut Schueller ve el vaso medio lleno: «Ha sido una explicación abierta y no hubo ninguna prohibición o sanción por parte del Papa».

«El Papa – dice el cura desde su parroquia de Probstdorf – reconoce que nos movemos con la intención de la solicitud por la Iglesia, así como por el deseo de mirar a su futuro».

«Además, Benedicto XVI asegura citando a Juan Pablo II, que el Magisterio no se puede modificar, por ejemplo en temas como el sacerdocio de las mujeres. Nosotros, y otra mucha gente, en esto no estamos de acuerdo. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha cambiado su enseñanza en muchos puntos». «Pero en general – añade Schueller – el tono del Papa no fue áspero».

Primero fue en Austria, pero es en Irlanda donde la rebelión de los curas contra la cúpula vaticana está adquiriendo mayores proporciones. Son más de 900 los sacerdotes irlandeses,



Helmut Schueller

capitaneados por el padre Tony Flannery, los que piden cambios profundos en la institución y, además, denuncian los métodos inquisitoriales de Roma para silenciarlos y asfixiar sus reivindicaciones. Tanto es así que el provincial redentorista, Adrian Egan, denuncia la presencia de "agentes vaticanos de la ortodoxia", que espían a los clérigos y se chivan a Roma, para que, desde allí, se lancen las consiguientes "represiones" eclesíásticas. Como en la época de los espías de la Inquisición.

Incluso en Francia, el grupo «de la verdadera obediencia al Evangelio» está recogiendo adhesiones.

A juicio de Helmut Schueller, es significativo que el Papa no se haya referido al grupo rebelde amenazándolo con la excomunión. «Es consciente, dice, que aquí, en Austria, hay una discusión sobre estos temas y que nuestras ideas son seguidas por muchos fieles Y que la cuestión, por lo tanto, no se puede resolver con una sanción».

Los sondeos señalan que el 72 por ciento de los 4.000 curas austríacos simpatizan con el movimiento reformista. Una mayoría de fieles también cree que la Iglesia se ha estancado en el pasado.

adiós,

pi lar



Deme Orte

*e*l domingo día 8, a las 8 y media de la tarde hablé con mi madre. Como de costumbre, me dijo *«ya hemos pasado el día con bien; ahora a descansar y mañana será otro día»*. Seguramente fui la última persona que habló con ella, pues ya se iba a acostar, y a la mañana descubrieron que había muerto. Hoy es ya otro día.

Con el tremendo dolor por su muerte nos queda el consuelo de que seguramente murió sin sufrir mucho, tal vez casi nada; y sin dar que sufrir, salvo el tremendo disgusto de su muerte. Como ella decía *«en no tener mal, y no dar mal a nadie ¿qué más puedo pedir?»*. Así ha vivido y así ha muerto a los 92 años: feliz hasta el último momento con lo que tenía y sin dar faena ni sufrimiento a su alrededor. Saber esto nos alivia y consuela grandemente a la familia: un final feliz para una vida feliz.

Contenta con su última etapa en la residencia, donde, como ella decía, se dedicaba *«a la buena vida: comer y dormir sin tener que trabajar»*; y en contraste con su vida anterior: *«¡Tanto correr, tanto correr! Y ahora aquí ya está toda la faena hecha, me lo dan todo hecho...»*

¡Tanto trabajar, en el pueblo, en la panadería, en el campo y en casa, y luego en Zaragoza, con el marido y cinco hijos! ¡Tanto correr! Y ahora sí que todo está hecho. Descansa en paz, Pilar.

Con su profunda fe y sencilla religiosidad siempre vivió en esa confianza de que «sea lo que Dios quiera», no como resignación sino como confianza: en sus manos estamos y en sus manos estás y descansas.

Hermanas y compañeras de la residencia nos comentan cómo todas la consideraban «buena» (en el mejor sentido machadiano de la palabra bueno): una mujer buena, que procuraba llevarse bien con todo el mundo, nunca quería molestar, procuraba estar atenta o ayudar, sonreír... Personas buenas como Pilar son las que hacen falta para hacer el mundo «bueno».

De su vida nos queda el gran ejemplo de vivir la vida muy positivamente. Nunca se quejaba con amargura de nada, casi todo le parecía bien, sabía conformarse con lo poco que tenía e incluso le sobraba. Cuando sus hijas le llevaban algo de ropa o calzado, aún decía: *«no me hace falta nada; tengo más de lo que necesito»*. Como

Adiós, Concilio, adiós. «Y de su espíritu, ¿qué es lo que queda?»

«¿Qué habría sido de la Iglesia de no haber mediado el Concilio!»

Manuel Unciti,

Ya han comenzado los fastos para celebrar el 50 aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II. Se prolongarán, previsiblemente, hasta el todavía distante mes de diciembre. Todo un año de celebraciones, académicas las unas, litúrgicas y oracionales las más. Habrá en todas ellas, sin embargo, un gran ausente: el pueblo llano, la gran masa de los bautizados, incluso de los que todavía frecuentan los templos y las parroquias.

Para los cristianos de a pie, el Vaticano II fue un acontecimiento eclesial -eso es lo que oyen decir- que les queda muy lejos, un evento que se les pierde en las brumas de estos cincuenta años ¡que bien podrían ser todo un siglo! Advierten que ya ni siquiera los obispos -muchos de ellos, al menos- se molestan en citar los textos conciliares en sus pastorales.

Y de su espíritu, ¿qué es lo que queda? ¿Qué ha sido de ese un día tan traído y llevado espíritu conciliar?

El optimismo le lleva a uno a pensar que queda mucho. La Iglesia de hoy está por fortuna a mil codos de distancia de la Iglesia preconciliar. Han desaparecido muchos -no todos- de los obscurantismos de ayer, muchas de sus intransigencias, muchas de las tintas negras con las que desde las sacristías y púlpitos se pintaba la realidad del mundo moderno.

El hombre de hoy no es tan malo como nos lo pintaban antes y los pecados no son tan mortíferos como pretendía una



*el concilio
queda muy
lejos
para muchos
cristianos*



literatura apocalíptica en uso hasta ayer, como quien dice. ¡Qué habría sido de la Iglesia de no haber mediado el Concilio! Que la Iglesia de hoy esté saliendo adelante a trancas y barrancas, pocos podrán dudar; pero si no hubiere acontecido el estallido conciliar, ese conato o, al menos, intento de nuevo Pentecostés, la realidad eclesial sería aún más dramática.

Hay que agradecer al beato Papa Juan XXIII la audacia de convocar un nuevo Concilio. Lo había intentado antes que él nada menos que Pío XII; y la barca no había llegado a buen puerto. El ‘Papa bueno’, el santo y carismático Roncalli, sí consiguió su propósito. A pesar de mil pesares, a comenzar por la cerrada oposición de la Curia Romana.

¡Y eso que en los planes del Papa Juan sólo entraba el ‘aggiornamento’, es decir, la puesta al día de la Iglesia! Se le antojaba al bueno del Papa -y su juicio no podía ser más cierto- que la Iglesia había perdido el tren de la historia, que se había quedado descolgada de la marcha del mundo. Soñaba el Papa con un Concilio que devolviera frescura y belleza al rostro de la Iglesia.

Pablo VI, su sucesor y admirador, decidió con entereza pasar por encima de todas las trabas que le ponían los conservadores y continuó con el Concilio. Pero ya no era cosa de poner al día a la Iglesia. ¡Había

que reformarla! El término era del agrado del Papa Montini y lo utilizó hasta en seis pasajes de su primera encíclica, la que se considera como programática de todo un pontificado. Pero aquí, en este punto preciso, comenzaron los líos.

Los conservadores de la Curia y de fuera de la Curia odiaban el término. Les ‘olía’ a protestante, a la reforma protestante iniciada en el siglo XVI. ¡Y algo curioso o, mejor, tremendo! La encíclica había sido redactada por Pablo VI en italiano y una y otra vez hablaba de ‘riforma’; pero quien o quienes recibieron el encargo de pasarla al latín para hacerla un

La Iglesia había perdido el tren de la historia, que se había quedado descolgada de la marcha del mundo. Soñaba el Papa con un Concilio que devolviera frescura y belleza al rostro de la Iglesia.

texto oficial en la Iglesia, juzgaron prudente rebajar la reforma a una simple ‘renovatio’ o renovación.

Comenzaba la guerra en el seno de la Iglesia. A partir de aquí, los conservadores fueron desconfiando más y más del Papa Pablo VI. Esparcieron por todas partes este clima de desconfianza. El Papa se apuraba. No por él, personalmente; sí por la Iglesia. Temía que la desconfianza

llevara a la ruptura, que la división entre conservadores y progresistas diera paso a un nuevo cisma en la Iglesia ¡como en tantas otras ocasiones, a lo largo de la historia, había ocurrido al apagarse las luces de un Concilio!

El Papa, a fin de conjurar el cisma que ya aparecía en el horizonte, comenzó a echar el freno. En temas importantísimos: la colegialidad episcopal, el control de los nacimientos mediante la píldora, el celibato obligatorio de los sacerdotes, la reforma de la Curia Romana.

Se desvirtuaba de este modo la sabia reformadora del

Concilio, sin duda; pero se salvaguardaba la unidad de la Iglesia. ¿Demasiado precio? Sí, demasiado; porque sus sucesores aprendieron pronto la ‘lección’, la mala lección de podar el Concilio.

Al cabo de cincuenta años poco es, por desgracia, lo que el pueblo cristiano puede beber de las un día límpidas y refrescantes aguas conciliares.

(Manuel Unciti, en El Correo

escribe lauro macías

presidente de la federación latinoamericana

lat
ino
am
éri
ca

Querétaro, Qro, México, a 15 de abril de 2012

Amigos de MOCEOP:

Os enviamos algunas noticias sobre la Federación Latinoamericana. Con gusto os complacemos.

I.-SÍNODO OBISPOS:

Celia Luro de Podestá, nuestra presidenta honoraria vitalicia, nos ha invitado a contactar en nuestros respectivos países, a los obispos que acudirán a Roma para el Sínodo sobre la «Nueva Evangelización» el próximo mes de octubre.

Estamos solicitando a los miembros de la Federación sugerencias sobre los temas a tratar con ellos, y hasta el momento se han propuesto los siguientes:

1)A partir de las enseñanzas del Vaticano II

-Insistir enfáticamente en la Colegialidad de los obispos, con el fin de que lleven a Roma el sentir y el pensar de las distintas iglesias locales, de acuerdo con su realidad, como auténticos hermanos del obispo de Roma, corresponsables con él de la conducción de la Iglesia universal. (Creemos que si los Sínodos son únicamente para «aplaudir» y recibir indicaciones del Vaticano, o para decir a la curia romana lo que quiere oír, son un gasto inútil y sin

sentido)

-La opción preferencial por los pobres no es un tema «pasado de moda» como alguien dijo, sino un valor esencialmente evangélico que hoy y siempre debe reflejarse en todo el actuar y vivir de la Iglesia.

-Asumir la igual dignidad de todos los seres humanos, **sobre todo en el seno de la Iglesia**, sin matices y con todas sus consecuencias.

-Dejar la actitud de condenación a las voces discordantes dentro de la Iglesia, dando lugar al diálogo de los pastores con todas ellas (por ejemplo, con el movimiento de los sacerdotes austriacos)

-Reiterar la invitación conciliar a los pastores, para que vivan «insertos» en el mundo como todos los cristianos, abandonando el aislamiento principesco y anacrónico.

2)En congruencia con la doctrina de la Iglesia por el respeto a la vida, asumir en el anuncio y en la praxis del Evangelio, el cuidado del Planeta. Tenemos noticia de que, por lo menos en dos países de la Federación, ya se ha contactado a algunos de los Padres Sinodales y se está en diálogo con ellos.

II. EL MFPC (MOVIMIENTO DE LAS FAMILIAS DE LOS PADRES CASADOS)

DE BRASIL, está preparando con ejemplar entusiasmo y organización su XIX Encuentro Nacional, que se efectuará en Fortaleza, del 27 de junio al 01 de julio del presente año. El Tema Central del mismo será: «**DA IGREJA QUE TEMOS PARA UNA IGREJA À LUZ DO ESPÍRITO DO CONCÍLIO VATICANO II NA AMÉRICA LATINA**». Tienen confirmada, además, la asistencia de hermanos de Argentina, Chile, Ecuador y México, por lo menos; (parece que también de España).

III. ENCUENTRO INTERNACIONAL.

El mes de septiembre próximo pasado, se efectuó en Buenos Aires, **Argentina**, en la casa de Clelia Luro de Podestá, el VII Encuentro Internacional de nuestra Federación

Latinoamericana. Al concluir se dio a conocer una Declaración Final que anexamos. Asimismo ahí se encomendó el servicio de presidirla a Tere y Lauro Macías, de México, como presidentes, a Naty y Guillermo Scheffer, de Argentina, como vicepresidentes y a Oscar Varela, también de Argentina, como secretario.

Guillermo tiene el don de la investigación y una gran facilidad para plasmar sus resultados. Ya vosotros en T. de H., habéis publicado un artículo suyo, que no es el único con que nos ha enriquecido. Oscar está realizando

una excelente labor de comunicación en el seno de la Federación, principalmente con una colección de notas periódicas (Va-To) muy valiosas, cuyo último número, el 39, corresponde al día de hoy, domingo 15 de abril.

Guillermo Schefer publica: <http://curascasados.blogspot.com>, con mucha experiencia y valía. En **México**, con toda nuestra inexperiencia, acabamos de crear el nuestro: <http://ministraremexico.blogspot.com>, que esperamos sea un buen medio de comunicación entre nosotros.



Finalmente, un breve comentario sobre la reciente visita de Benedicto XVI a **México**. Como en todas partes, se dieron manifestaciones en todos sentidos.

La prensa católica, obviamente, con un entusiasmo desbordante. Nada que lamentar, si no fuera por el énfasis que ponía en negar, por una parte, la existencia de una crisis dentro de la Iglesia, y por la otra, en atribuir a «enemigos de la Iglesia» (!) la afirmación de dicha crisis. Ni siquiera el hecho incuestionable de una presencia cuantitativa y cualitativa considerablemente menor a la esperada, pudo sacarlos de su error. Para colmo, acaba de aparecer un reportaje perfectamente sustentado, en el que se señala que en el lugar visitado por el papa, el Bajío, (extensa zona en el centro del país, densamente poblada y bastión del catolicismo nacional), la población católica disminuyó, en la última década, más de un 13 %, entre muchos otros datos igualmente graves... bien dice el refrán: «no hay peor ciego que el que no quiere ver».

A vosotros, hermanos de MOCEOP, y a todos los hermanos europeos enviamos un fraternal saludo.

Deseamos que la alegría y el optimismo por Aquél que venció a la muerte, crezcan y fructifiquen en todos vosotros.

Cordialmente, desde México:

Tere y Lauro Macías.

soy nieto del concilio

*Floren de Estepa
cartujo con licencia propia*

*te
st
im
on
io*

a mis treinta y cuatro años, y un buen cúmulo de sensaciones y experiencias vividas, recuerdo con un inusitado fervor, la conversación o ponencia de dos personajes, que causaron mella en mí, por el estrecho vínculo que le unen a otras personas o acontecimientos extraordinarios. Una de esas conversaciones fue con Monseñor Rosa Chávez, obispo de El Salvador y amigo personal que fue, de Oscar Romero.

Por otro lado, aun recuerdo las palabras del padre conciliar Giovanni Franzoni en el Congreso de Teología del pasado Septiembre, en las cuales admitía, la autoridad con la que hablan del tema algunas personas que sin estar en el concilio, nunca preguntaron por él, a los padres conciliares aun con vida. En definitiva, cincuenta años desde el comienzo del Vaticano II. A simple vista, me atrevo a decir que solo

basta admirar las mordaces viñetas del hermano Cortés sobre el asunto, para acabar uno de contestarse a sí mismo, la pregunta de si efectivamente sirvió para algo el Concilio Vaticano II, además de para eliminar los atriles de los altares y suprimirlos por cojines de colores litúrgicos.

«Tremando un poco di commozione» (temblando un poco de conmoción), manifestó Juan XXIII la convocatoria del concilio. Un concilio que desde el punto de vista del papa, no consistía en condenar o anatematizar, sino en presentar renovado el mensaje del evangelio, adaptado a los días, «aggiornato» (apertura, airear), decía. Un concilio que dio a luz, máximas como; «la dignidad humana requiere que el hombre actúe siempre según su conciencia y libre elección».

Pero un concilio que en la actualidad se desdibuja en los pasillos vaticanos, con los cuales jamás se familiarizó. Desde mi escueta experiencia teológica, comparo el concilio y su desarrollo con la actitud de

León XIII, en la revolución industrial. Este papa, lanzó el 15 de Mayo de 1891 la *Rerum Novarum*, con el deseo de apropiarse exclusivamente para la iglesia, aquello que el socialismo de entonces defendía sobre la dignidad de la persona en el trabajo, y cuyos valores se fundamentan en el evangelio. Una encíclica de armas tomar y columna vertebral de la Doctrina Social de la Iglesia, aunque defenestrara al socialismo de aquellos tiempos. Una encíclica de cuyos capítulos, se desprendía una singular defensa de la dignidad obrera y trabajadora de entonces.

Hasta el punto de que para muchos fue causa de esperanza. Pero solo eso. Casi en papel mojado quedó la *Rerum Novarum*, pues no sirvió en aquella época, para mover efectivamente las conciencias de los poderosos y explotadores de entonces. Comenzando porque los obispos –primeros catequistas de las diócesis-, donde la revolución industrial se vivió más intensamente, y en muchos casos se negaron a la puesta en marcha de la encíclica papal, censurando a quien lo intentaba. (Daens, dirigida por el belga Stijn Coninx.1992)

Con el Concilio Vaticano II, casi pasó lo mismo. Casi. Y lo digo así, porque considero que lo ideal hubiera sido una puesta en marcha del mensaje conciliar desde arriba, desde el solio pontificio, para

solidificar el objetivo del papa Roncalli y perpetuar su deseo de apertura. Pero tras él, entre los titubeos de Pablo VI, la brevedad de Juan Pablo I, y el giro paulatino y conservador de Juan Pablo II en sus casi treinta años de pontificado, y el confirmado ultra conservadurismo de Ratzinger; hicieron que el grueso del Vaticano II, se halle olvidado en un cajón de la «sacristía mater» vaticana.

Pero el cambio fue posible en algunos estratos de aquella sociedad cambiante. Aquellas reuniones de juventudes ávidas de cambios, necesitadas del aire renovador y con ansias de comprometerse con la causa justa, fraterna, humana y quizás obrera de aquellos tiempos; fueron capaces de organizarse, de empaparse del mensaje conciliador de Juan XXIII y los padres conciliares, y llevar a cabo el comienzo de la renovación de las mentes cristianas, para aquellos que lo desearan, y desde la propia base de la comunidad cristiana y social.

Mis padres fueron hijos del concilio. ¡Hijos de verdad! No como los obispos conservadores, que admiten ser hijos del concilio cuando hacen de su ministerio un arma política de absoluta e incólume presunción de poder, a favor de la iglesia.

Esto no es posible desde el espíritu del Vaticano II. Pero

claro, como se han llegado – aunque tarde- a la beatificación de Juan XXIII, ya todos consideran suyo el Vaticano II por haberle rendido honores a su impulsor. ¡Insensateces! El que es del concilio, pone en práctica desde su realidad más inmediata, el espíritu conciliar. El concilio es de los que fueron y se mantienen esperanzados.

El concilio es de aquellos, que con Floristán y Jesús Burgaleta gritaban a Dios en la eucaristía aquellas plegarias ahora prohibidas y en las cuales decimos: «en estos tiempos en los que por un sitio y otro se exigen fidelidades sin reserva y devociones sin límite, nosotros nos sentimos libres, relativizamos todo [...], reconocemos que todo lo que ayuda a construir la persona y la sociedad viene de Ti y es inspirado por el Espíritu de Jesús, el único Mesías».

Y mis padres creyeron en este mensaje y así lo vivieron. Nunca adoctrinaron políticamente ni ideológicamente a ninguno de sus cuatro hijos, pero todos supimos captar el sentido necesariamente aperturista de la evangelización, para llegar a los hombres y mujeres de cada tiempo. Por ello lo admito, soy nieto del concilio. Admito la capacidad de nuestra iglesia para tomar el pulso a la comunidad católica y a la sociedad en general, y escribirlo en un documento, sea exhortación

apostólica, encíclica o cualquier otro medio. Pero igualmente reconozco su lentitud e incapacidad desde nuestros hermanos jerarcas, para poner en marcha esos documentos, y en determinar una evangelización que vaya más allá del espíritu de supervivencia, el mantenimiento de privilegios materiales, reconocimientos de la explícita moral católica y otras perlas que todos conocemos.

Ese no es el camino. Repito, ese no es el camino. La gente en general y los jóvenes, salvo el espejismo de las JMJ, se ríen de los sacerdotes cuando les hablan de Jesús previa confesión de sus pecados. No hace falta centrarse en los numerosos y recientes escándalos eclesíásticos, para admitir que como ejemplo de vida, la clase sacerdotal ha dejado de serlo. Y que por ello, y aunque casi nos dejemos la piel en el intento, a los laicos nos toca anunciar con las obras de nuestras manos, el mensaje de Jesús.

En el documento de la proclamación del concilio, se dice que «la iglesia quiere mostrarse amable con todos, benigna, paciente para con sus



hijos» (Ecclesia, nn.7). Y desde luego, esta frase no es reflejo de la actitud actual de la Iglesia Católica en España. Por ello, no cejemos en el intento de continuar como Jesús, la transformación de las personas desde el corazón. No dejemos de asistir a la presencia de Jesús en nuestras vidas, desde cada realidad cotidiana y eucarística. No dejemos de explorar y desmenuzar el evangelio cada uno, según sus luces y sus circunstancias concretas de su vida. No dejemos de amar y ser amados, por quien quiera y como quiera, «pues en el amor y el propio deseo encontramos igualmente a Dios como sacramento» (José Arregui).

En cada partícula de nuestro ser, Dios habita. Y nos llama a la renovación, desde

dentro. Manteniendo el tipo y el ánimo, pues mientras un hijo o nieto del Concilio Vaticano II se mantenga con vida, será posible la imparable apertura y la renovación de la Iglesia de Jesús de Nazaret. Abrazos desde Andalucía. Floren de Estepa- Estudiante de Teología Cristiana

P.D.: Os recomiendo el libro que he regalado a mis padres para reyes. «365 DÍAS CON JUAN XXIII» Ed. San Pablo.

Florencio Salvador Díaz Fernández, 34 años. Soy Florista, Estudiante de Teología Cristiana, Laico Contemplativo y ciclista de montaña. Actualmente estudio Moral Cristiana (IV Ciclo) en el Instituto Internacional de Teología, de la Univ. Pontificia de Comillas. En el curso 2011/12 realizo un Seminario sobre Secularización y Evangelización en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas San Isidoro y San Leandro de Sevilla. Y preparo mi especialización en Pneumatología.

<http://cartujoconlicencia.blogspot.com.es>



a
50 años
del concilio

ungra
nodesal

VATICANO II

NI MITO NI FRUSTRACIÓN: UN RETO AÚN EN MARCHA

Este trabajo consta de dos partes: A) Un análisis del sentido histórico y eclesial del concilio Vaticano II, cuyo 50º aniversario se cumplirá estos años: especialmente en lo que respecta a la imagen del cura y de las comunidades de creyentes que se apoyan en sus documentos; y B) Diferentes testimonios de cómo las comunidades en las que nos movemos los integrantes del Moceop, han entendido e intentan vivir ese espíritu conciliar.

La primera parte se publica en este número. La segunda aparecerá en el siguiente. En ambos casos, se ha partido de testimonios aportados por algunos compañeros: les agradezco encarecidamente su generosidad y sus valiosas aportaciones. Sus nombres protagonizarán la segunda entrega.



Ramón Alario

Ramón ha estado presente, junto a Paloma, en el nacimiento del MOCEOP.

Desde entonces ha tenido siempre cargos de responsabilidad: secretario, corrdinador general y actualmente representa a Moceop en la Federación Europea de curas casados.

INTRODUCCIÓN

Un acontecimiento de la categoría y de las dimensiones del concilio

Vaticano II difícilmente puede ser despachado con una sola interpretación. Su dinamismo trasciende sobradamente todo análisis excluyente, al encerrar en su interior tan diversas líneas y tan complejos niveles. En principio, cualquier perspectiva aportará algo de verdad.

Para muchas personas, el Concilio pasó enseguida a engrosar el *pelotón de los mitos*. Su planteamiento, su puesta en escena, su desarrollo, las grandes ideas y novedosas intenciones contagiaron la ilusión de que todo iba a cambiar a partir de su celebración. Se trataba de una apuesta excepcional. Y, a partir de su clausura -pensaban- *todo quedó dicho y hecho*; la reforma propugnada ya quedaba escrita. Nunca la Iglesia había realizado un encuentro de tal dimensión y profundidad; *la puesta al día ya estaba promulgada*. Bien es verdad que el peso muerto de la institución, el poder de la curia vaticana, las resistencias de muchos grupos organizados, fueron colocando las cosas en su sitio. Pero el Concilio cristalizó en mito.

Para otras muchas, el peor de los efectos del Concilio fue la

cadena de frustraciones que fue provocando. Las expectativas de cambio que generó fueron tan enormes, que sus realizaciones y logros siempre parecieron raquíticos. Los temas fuertes no se abordaron; los debates se cerraron en falso con *fórmulas de compromiso*; las grandes reformas, empezando por la curia vaticana, quedaron en papel mojado. Cuanto más grandes y profundas eran las esperanzas, mayores fueron los sentimientos de frustración y la sensación generalizada de otra gran oportunidad perdida. Se adoptaron ciertos *cambios*, no

tanto sus *convicciones*: *quedó su letra*; *se enterró su espíritu*. Sus *constituciones, decretos, declaraciones* y comentarios duermen el sueño de los justos en millones de bibliotecas, empezando por los archivos vaticanos.

Es verdad que ambos sentimientos -*mito vacío, frustración generalizada*- son no sólo reales, sino hasta razonablemente fundados y, en parte, coincidentes. No vamos a cuestionar la validez de estas

lecturas ni de otras muchas que se han hecho o pueden hacerse. Expresan parte de lo vivido y analizado por un gran número de creyentes.

Sin embargo, desde *Tiempo de Hablar-Tiempo de Actuar*, queremos subrayar una perspectiva diferente y que, desde el plano eclesial, nos parece muy válida y generadora de compromisos sencillos y de una terca esperanza a prueba de tiempo. Preferimos una lectura del Concilio que apuesta por ver en él **«un acto teológico; es decir, un acto del Espíritu, una llamada a la conversión**

El Concilio fue una llamada a la conversión que empieza por una recuperación de la propia identidad.

que empieza por una recuperación de la propia identidad» (URBINA, 1978, 316): por el Vaticano II **pasó el Espíritu**; mejor aún, **la Iglesia supo escucharle con una sensibilidad especialmente evangélica**, porque parece evidente, que Él no deja pasar por ningún momento de la historia.

Para esta lectura, nos apoyamos en una serie de convicciones: que la historia

siempre está abierta y es tarea de todos; que las grandes reformas no se realizan desde los despachos ni desde las aulas conciliares; que la prueba de los mejores propósitos está en los hechos; que la semilla del Reinado de Dios siempre está germinando y sin gastarse; que **el Espíritu se manifiesta** por todas partes y **no** se encuentra **sometido ni a nuestros tiempos ni a nuestros proyectos...** Nos encanta cómo formulaba esta *perspectiva teológica y evangélica* un autor, al poco tiempo de haberse clausurado el Concilio: *«Un Concilio es para la Iglesia una especie de revelador del dinamismo profundo que la anima y que*

Un reto aún en marcha, que todavía pide de todos nosotros, como creyentes, valorar la fuerza y la voz del Espíritu.

tiene su origen en el Espíritu; es el medio privilegiado de verificar en qué medida corresponde su actuar concreto a la voluntad presente del Resucitado... La Iglesia postconciliar no puede seguir su camino más que viviendo del Concilio» (FRISQUE, 1967, 140)

Por eso, preferimos hablar del Vaticano II como **un reto aún en marcha**, que todavía pide de todos nosotros, como

creyentes, que no minimicemos la fuerza y la voz del Espíritu, que hace ahora casi cincuenta años resonó en el aula conciliar; pero que aún resuena con gran armonía por toda la faz de la Tierra.

1.- UN ACONTECIMIENTO HISTÓRICO.

hablar de *acontecimiento histórico* es una redundancia: si algo sucedió, forma parte de la historia; y si es parte de la historia, ello se debe a que aconteció. Pero puede merecer la pena desenvolver la

XX. Difícilmente podría encontrarse otro que haya influido más, que haya tenido un eco mayor, que haya dado lugar a mayor documentación; que haya sacudido de forma más profunda -a favor o en contra- las conciencias de los creyentes en Jesús. Tal vez pueda afirmarse igualmente que nunca antes o después el mundo ha estado tan pendiente y receptivo como entonces de lo que estaba sucediendo en el interior de la Iglesia católica.

Pero -y esto no es de menor importancia- un acontecimiento es *histórico* porque está *sujeto a los mecanismos y leyes de la historia*: tiene un antes y un después; es fruto de la confluencia y contraposición de un sinfín de factores; tiene como sujeto ineludible al ser humano como colectividad; en él confluyen fuerzas de lo más variadas; su repercusión está condicionada por la profundidad en que se ha producido, pero también por la capacidad de provocar entusiasmo y compromisos...

Con ello, queremos subrayar que el Vaticano II no fue un fogonazo de un grupo de iluminados, ni una cacicada clerical, ni fruto de una intervención sobrenatural... Fue *-y es-* un *hecho histórico* con todas sus connotaciones.

Y, por eso, vamos a intentar enmarcarlo en su momento, aportando algunos datos relevantes, describiendo rápidamente su caldo de cultivo, deteniéndonos en sus aportaciones más destacadas sobre la comunidad eclesial y sobre sus presbíteros, para finalizar cuestionándonos sobre su validez en nuestro tiempo.

1.1.- Algunos datos para el recuerdo.

Juan XXIII anunció, en la basílica de San Pablo Extramuros, el 25 de enero de 1959, su propósito de convocar un concilio.

«La Iglesia asiste en nuestros días a una grave crisis de la humanidad, que traerá consigo profundas mutaciones. Un orden nuevo se está gestando, y la Iglesia tiene ante sí misiones inmensas, como en las épocas más trágicas de la historia... La visión de estos males impresiona sobremanera a algunos espíritus que sólo ven tinieblas a su alrededor... Nos, sin embargo, preferimos poner toda nuestra firme confianza en el divino salvador de la humanidad... siguiendo la

recomendación de Jesús cuando nos exhorta a distinguir claramente los signos de los tiempos (Mt. 16, 3)».

(Documentos Vaticano II, 8).

Se inició a continuación (verano del 60) una etapa de intensa actividad, llena de consultas, borradores, documentos, comisiones... Se abrió la primera sesión el 11 de octubre de 1962. En el discurso inaugural, Juan XXIII, lanzó un claro mensaje: *No* estaba de acuerdo con los *profetas de calamidades*, que sólo veían los aspectos negativos del devenir de la historia; el reto estaba, no sólo ni prioritariamente, en salvaguardar el pasado sino en *mirar al presente* desde la convicción de que *Dios sigue*

clausuraron los trabajos conciliares el 8 de diciembre de 1965. Como resultado de estas asambleas -con presencia de unos 2500 obispos, peritos, invitados...- contamos desde entonces con 4 *constituciones* (los documentos más importantes: sobre la *Iglesia, Liturgia, Revelación e Iglesia en el mundo actual*), 9 *decretos* conciliares (sobre obispos, presbíteros, formación sacerdotal, vida religiosa, seglares, iglesias orientales, actividad misionera, ecumenismo y medios de comunicación social) y 3 *declaraciones* (libertad religiosa, educación cristiana de la juventud y relaciones con religiones no cristianas).

Nunca el mundo ha estado tan pendiente de lo que sucedía en el interior de la Iglesia Católica.

manifestándose en los signos de los tiempos.

Juan XXIII, en su breve pontificado, inició un concilio pastoral y ecuménico -en una medida hasta entonces desconocida-, que asumió y contagió la tarea renovadora que ya estaba en marcha y que había sido cuestionada y aun perseguida oficialmente.

Tras otras tres sesiones, en otoño del 63, 64 y 65 -ya presididas por Pablo VI-, se

La asamblea conciliar fue clausurada por Pablo VI, quien había asumido el legado de su predecesor, muerto el 3 de junio de 1963.

1.2.- Algo venía sucediendo en profundidad.

Como *primavera eclesial* ha sido calificada con mucha frecuencia la etapa que vio nacer el Concilio. Y no es para menos.

La trayectoria de la humanidad había ido planteando un cuestionamiento profundo a una Iglesia afincada en estructuras del pasado: y *una parte significativa de la comunidad eclesial* fue entablando un *diálogo fructífero* con esa nueva sociedad en gestación. Algo nuevo estaba naciendo y floreciendo.

Los cambios sufridos por la humanidad, especialmente tras el final de la II Guerra Mundial, alteraron radicalmente los cimientos del mundo anterior. Basta con citar los *hechos o procesos más significativos*: experiencia devastadora de la guerra, holocausto, bloques geopolíticos, guerra fría, proceso descolonizador y nuevos colonialismos, sensibilidad ante

Una parte significativa de la comunidad eclesial fue entablando un diálogo fructífero con esa nueva sociedad.

los derechos humanos, reaparición o permanencia de dictaduras, nueva conciencia del movimiento obrero, consolidación del movimiento feminista, conocimiento progresivo de otras culturas y religiones... En España, de forma especial, la experiencia de la Guerra Civil, el franquismo y el proceso de modernización a partir sobre todo del inicio de los 60.

Una parte muy viva y dinámica de la Iglesia se había sentido *evangélicamente interpelada* por ese mundo de nuevos retos y cambiantes interrogantes. Y había puesto manos a la obra. Es suficiente una rápida enumeración: *movimientos renovadores* en liturgia, en catequesis, en pastoral obrera, en investigación teológica y bíblica, en misiones; experiencias como las de los curas obreros... Es de justicia hacer mención de algunas de esas personas y grupos -profetas en el sentido más pleno de la palabra- que marcaron esa época y abrieron rutas nuevas: Rahner, Congar, Helder Cámara, Juan XXIII, Carjdin, *Taizé*, Chenu, De Lubac...

En esa marea fluían unas *intuiciones*, que resultarían básicas para la gestación del proceso conciliar:

a) la apuesta por compartir desde dentro la vida de esa época, con sus luces y sus sombras;

b) el compromiso de buscar, más allá de los cauces más tradicionales, respuestas a los nuevos problemas;

c) la intuición de que esa búsqueda suponía un

redescubrimiento, un retorno a las fuentes, por encima de las innumerables adherencias históricas; y

d) la conciencia de que ese camino conduciría a un replanteamiento de la forma de entenderse como Iglesia de Jesús y de posicionarse en el mundo.

Tampoco se puede minimizar la impronta de una serie de *encíclicas* (pensamiento oficial, papal) que parecían ir acotando un territorio y situando hitos clarificadores de esa ruta que se iba abriendo progresivamente:

+ *Mater et Magistra*. (Juan XXIII. 15. V. 61). Tras una descripción detallada del momento histórico, se mira hacia esa situación de una forma nueva: la Iglesia se preocupa del bien temporal de los pueblos y aporta principios desde los que buscar juntos.

+ *Pacem in Terris*. (Juan XXIII. 11. IV. 63). Por primera vez, un documento de esta índole se dirige «a todos los hombres de buena voluntad». La paz también cuestiona a la Iglesia. Se enumeran detenidamente derechos humanos y sus correspondientes deberes. Y se entra directamente en el tema de la carrera de armamentos y el desarme.

+ *Ecclesiam Suam*. (Pablo VI. 6. VIII. 1964). «Los caminos que la Iglesia católica debe seguir en la actualidad para cumplir su misión»: explícitamente, una formulación

del espíritu del Vaticano II. La Iglesia debe profundizar en la conciencia de sí misma. Debe renovarse. Necesita dialogar con el mundo moderno. Y esta mirada hacia dentro no debe hacer olvidar los graves problemas de la humanidad, con los que la Iglesia debe estar profundamente comprometida.

+Populorum Progressio. (Pablo VI. 26. III. 1967). Crea la comisión pontificia *Iustitia et Pax* para poner en práctica las ideas del documento. Se envían ejemplares a ONU, UNESCO, FAO... Datos sobre la situación mundial: analfabetismo, médicos por habitante, esperanza de vida, pueblos hambrientos... La Iglesia no tiene recetas; pero siente como propios estos problemas y quiere ayudar a solucionarlos.

Evidentemente, el Concilio no fue un acontecimiento aislado, jerárquico, revolucionario, fuera del tiempo y del espacio: fue el resultado y la confluencia de múltiples factores que propiciaron un clima diferente desde el que replantearse la forma de ser Iglesia de Jesús y de estar en el mundo para servir de algo a la humanidad: un clima primaveral prometedor y exigente.

«El Concilio Vaticano II no fue ninguna manipulación de ninguna élite de poder o grupo de selectos-teólogos centroeuropeos, como algunos han pretendido. Fue una gran ola de fondo cuyas diversas

corrientes (movimiento bíblico, movimiento litúrgico, movimiento de renovación pastoral, movimiento misionero, redescubrimiento de la dimensión comunitaria del equipo, la parroquia, la Iglesia) venían ya desde muy lejos; prácticamente, desde principio de siglo y desde las bases... Era una marea que venía de una creciente conciencia colectiva del gravísimo desfase misionero de la Iglesia...» (URBINA, 1978, 358).

1.3.- Aportaciones conciliares más relevantes.

Tal vez, a la hora de destacar estos compromisos - dentro de los límites y la pretensión de este trabajo- sea útil recurrir a palabras y expresiones que se han identificado con las grandes apuestas-intuiciones del Vaticano II. Éstas pueden ser bastante representativas.

Aggiornamento. La necesidad de la *puesta al día* surge de la constatación de estar viviendo en el pasado, anclados a miedos y esquemas de otra época. Para servir, para poder entender y ser entendidos, había que ponerse al día. *Aggiornamento* expresa el esfuerzo de toda la Iglesia para mirar positivamente al mundo buscando interpretar los *signos de los tiempos*, que se presentan en la realidad; también, la convicción de que



los grandes valores del mundo moderno no pueden no serlo también para la Iglesia. Este lema representa la «reacción contra cierta tendencia, existente desde hace largo tiempo en la Iglesia, y que pudiéramos llamar anti-histórica o anti-mundana» (SANTAMARÍA, 1967, 13): pretensión de estar por encima del tiempo y del espacio; no encarnados ni en el hoy ni en el aquí.

Pueblo de Dios. Esta forma de designar a la Iglesia revaloriza la condición adulta e igualitaria de todos los integrantes de la Iglesia, más allá y por encima de los diversos carismas o funciones. Propone también una nueva inserción en la historia y en el mundo, y

Pueblo de Dios denota comunidad, participación, fraternidad, igualdad, cercanía, solidaridad...

señala una nueva configuración de relaciones en el interior de la Iglesia. *Pueblo* denota comunidad, participación, fraternidad, igualdad, solidaridad...

Altar y celebraciones cara al pueblo. Uno de los signos más fácilmente constatables de toda la reforma litúrgica, junto al uso de las lenguas habladas en cada país. Este cambio nacía del deseo de

romper distancias y fronteras entre celebrante y fieles asistentes y permitir la participación de todo el pueblo en las celebraciones.

Anteriormente, el cura «decía la Misa» mientras los fieles «asistían»... Redescubriendo las antiguas tradiciones litúrgicas, el pueblo entero vuelve a ser protagonista de las celebraciones y de la vida eclesial. Una Misa sin pueblo empieza a perder su sentido.

Palabra de Dios.

Anteriormente, y como reacción ante la Reforma, es el clero quien debía transmitir y comentar el contenido de la Biblia: su lectura llegó a estar prohibida expresamente al creyente de a pie. El Vaticano II

restauró el lugar de la Palabra de Dios como fundamento y centro de toda la vida cristiana. Y el magisterio sólo está al servicio de esa Palabra. Todo el Pueblo de Dios puede y debe leer la Biblia para que ilumine su vida.

Volver a las fuentes. La falta de sentido histórico auténtico terminó en muchas ocasiones confundiendo *tradición* con lo que se había cosificado como *costumbre* eclesiástica en los últimos siglos e, incluso, años...

Para reencontrarse con lo originario, con lo fundamental, y poder irse descargando de adherencias antievangélicas, era y es preciso, urgente e imprescindible volver a las fuentes: redescubrir al Jesús histórico, perseguir la novedad de su mensaje y recobrar la sencillez de las primitivas comunidades.

Colegialidad. Expresa que todos los obispos forman un grupo, un equipo de iguales, una fraternidad. Es la revalorización del *colegio* de los obispos presidido por el obispo de Roma: ninguno está sometido a otro. Aunque la práctica parezca decir lo contrario, los obispos no son subalternos del Papa repartidos por el mundo, sino los responsables pastorales de su *iglesia local*. La colegialidad se expresa por medio de algunos organismos a nivel mundial, como el *Sínodo* de los obispos; y a nivel nacional, como las *Conferencias Episcopales*; pero es, sobre todo, una forma de entender y vivir la comunión.

Comunión.

Corresponsabilidad. El proyecto de Dios es un proyecto de comunión: unión en la misma fe y responsabilidad compartida. La Iglesia universal se define como una comunión de *iglesias locales*. Esta *unidad* en la *pluralidad* nace a nivel más profundo, de que la Iglesia es comunión con Dios y entre los hombres. La pluralidad y la diversidad son entendidas como elemento positivo. Y la mayoría de edad

de los creyentes así como la radical igualdad originada en el bautismo, hace a todos *corresponsables* de la fe.

Presencia. «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (GS, 1). Desde aquí, parece imposible intentar vivir la fe de espaldas al mundo o en pugna con él. La Iglesia se percibe a sí misma como presencia ante Dios y entre los hombres. En el mundo, esta presencia es una *presencia de servicio*. Y la Iglesia, centrada en el Evangelio, se abre al mundo, para poder servirle. Es difícil servir desde el rechazo o la condena de realidades del mundo moderno que, con sus luces y sombras, no pueden ignorarse; y que también están en la Iglesia.

Diálogo El Concilio ha promovido un diálogo en todas las direcciones y niveles, siguiendo la propuesta de la encíclica programática de Pablo VI, *Ecclesiam suam*. El diálogo será herramienta fundamental del anuncio y de la misión de la Iglesia: la actitud profunda de quien no tiene respuestas para todo ni siente que la propia postura es poseedora de la verdad. Desde el Concilio, la forma de ayudar es comprometerse y buscar juntos,

más allá de las creencias de cada cual; nunca, la defensa de propias ideas como las únicas válidas; la Iglesia es maestra de humanismo; y no se identifica con una única forma de humanismo.

Libertad religiosa. Una de las más grandes innovaciones del Vaticano II con respecto a la historia del catolicismo es la afirmación de la libertad religiosa, que concreta la libertad de conciencia, más general. Se reconoce la *libertad de conciencia* por encima de los anteriormente denominados «derechos de la verdad». El papa Gregorio XVI la consideraba en el siglo XIX como un «delirio». Por primera vez, la expresión «libertad religiosa» figura en un

encontrar algunas dificultades, la palabra ecumenismo adquiere legitimidad plena en la nuestra iglesia. La Iglesia de Cristo no se reduce a la católica romana. Las diferentes iglesias que están en comunión imperfecta pero real, forman parte de la única Iglesia de Cristo. La finalidad del camino ecuménico no es el retorno de las demás confesiones a Roma, sino la búsqueda de un diálogo serio y exigente para favorecer el encuentro. Esta actitud de base es válida también para las relaciones con otras creencias no cristianas.

Es difícil servir al mundo desde el rechazo o la condena de realidades que no pueden ignorarse.

texto oficial católico y el subtítulo del documento precisa: «El derecho de la persona y de la comunidad a la libertad social y civil en materia religiosa».

Ecumenismo. Consecuencia lógica de la actitud de búsqueda y servicio: no somos poseedores de la verdad; tenemos que encontrarla juntos y compartiendo. No sin



2.- QUÉ IGLESIA. QUÉ CURA. QUÉ COMUNIDAD.

La perspectiva de este análisis sobre el Vaticano II es concreta: cómo y en qué forma nuestro recorrido personal y comunitario como creyentes asumió y asume algunas de las intuiciones de aquella primavera eclesial. Los inicios de nuestro movimiento MOCEOP -y el de otros muchos- están enmarcados en esa etapa de recepción y aplicación del Concilio: años 70 y 80 del siglo pasado. El

Los inicios de MOCEOP están enmarcados en la etapa de recepción y aplicación del Concilio

subtítulo expresa los ejes sobre los que gira nuestro análisis.

Como ha ido descubriendo y formulando nuestra reflexión desde la fe, no podemos aislar estos tres elementos: *iglesia, cura, comunidad*. Los tres van íntimamente unidos y se aportan consistencia y coherencia teológica. Cada etapa de la historia ha alumbrado un tipo

de cura, en un estilo de iglesia, como dinamizador o eje de una comunidad de creyentes. Como vamos a ver, esto es válido también para aquellos años.

2.1.- Punto de partida: el peso de la historia inmediata.

En todo acontecimiento es importante conocer y valorar su contexto: tanto para

descubrir su continuismo o sus rupturas y novedades: ya se ha apuntado más arriba. Y en el caso del Vaticano II este ejercicio de contraste es particularmente elocuente.

El referente inmediatamente anterior nos habla de una Iglesia que, como *societas perfecta* (ROVIRA, 1977, 318), heredera todavía de una concepción de origen medieval,

se siente portadora de una *misión superior* -la espiritual- que la coloca por encima de la sociedad civil; y, como transmisora del mensaje revelado por Dios, tiene el poder de *dictaminar* -jueces, *maestra*- y *enseñar* en cada caso qué es bueno o malo, qué es verdad o error... Si a esto le añadimos el poder autoritario del papa como *soberano absoluto*, refrendado solemnemente por el concilio Vaticano I (1869-1870), queda muy poco margen de actuación fuera de las intervenciones papales. «De esto resulta que, como el poder jurisdiccional absoluto (a juicio de aquel concilio) reside sólo en el papa, toda autoridad y verdad en la Iglesia es parte de la autoridad y de la posesión de la verdad del soberano pontífice... Así las cosas, la consecuencia inevitable fue la exaltación del poder papal...» (CASTILLO, 2001, 13).

Desde esta perspectiva, la Iglesia llega a mediados del siglo XX asentada en una estructura *exclusivamente vertical y jerárquica*, con un conjunto de miembros cualificados (el clero, con sus diferentes grados y estados de vida: la Iglesia *docente*, con un vértice supremo y soberano, infalible) y una masa de *fieles*,

laicos, que necesitan ser conducidos y enseñados y que, a lo sumo, colaboran en el apostolado de la jerarquía, bajo su mandato y supervisión.

En este contexto histórico es *radicalmente discordante y aun revolucionaria la convocatoria de un concilio*. Parecía de más y hasta un riesgo inoportuno convocar a todos los obispos para formular y transmitir una doctrina, cuya fuente primigenia y exclusiva -al parecer, según Vaticano I- era y había sido ejercida por los papas anteriores en solitario: en los últimos años y rodeado de un prestigio excepcional, por Pío XII.

El *gesto profético* asumido por Juan XXIII *questionaba de raíz* la doctrina de sus predecesores y afirmada por el Vaticano I. Parece claro que esta decisión ponía sobre el tapete *otra forma de entender la Iglesia*: el papa no se sentía con el derecho o no creía correcto abordar una puesta al día de la Iglesia únicamente desde su autoridad y su poder; estaba convencido de que el ejercicio de la misma sería más coherente y eficaz si se hacía colegialmente por todos los obispos, tras una consulta amplia y muchos debates para que los resultados reflejaran el parecer de la mayoría o, mejor aún de ser posible, de la totalidad.

De ahí que, independientemente de los resultados concretos -que fueron muy valiosos en diversos aspectos- la convocatoria de un

concilio fuera en sí misma perturbadora del anterior sistema eclesiástico e iniciadora de otra perspectiva eclesial.

2. 2.- La Iglesia: Pueblo de Dios, ante todo.

Es suficientemente conocido que el recorrido de los esquemas de trabajo del Vaticano II fue lento, difícil, tortuoso y, en ocasiones, de abierta confrontación. El esquema-borrador inicial *sobre la Iglesia*, encomendado a teólogos cercanos al *Santo Oficio*, fue rechazado de lleno: se centraba en la defensa de la autoridad y de los poderes de la jerarquía como eje vertebrador de la vida

Al decir pueblo de Dios, el Concilio destaca el sacerdocio común de los fieles, el sentido profético y misionero y los carismas...

de la Iglesia y en el significado que en ella tiene todo el aparato institucional; se articulaba en torno a la autoridad y la estructura jurídica, minimizando el nivel de comunidad-comunión. (Ver CASTILLO, *o. c.*, 17 y ss).

En contraposición, los diferentes esquemas y redacciones posteriores dieron lugar al texto definitivo (aprobado en noviembre de 1964: un largo recorrido). En él

aparece explicada la realidad de la Iglesia -espiritual y visible al mismo tiempo- desde una perspectiva nueva en torno a tres ejes:

a) *misterio*: título de todo el capítulo 1, que intenta desentrañar una realidad profunda -la salvación ofrecida por Dios a los hombres en Jesucristo-, sólo explicable mediante imágenes y metáforas: *redil, labranza, templo, esposa, cuerpo místico...* (LG, 6-7);

b) *sacramento*: «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»: como realidad visible la Iglesia es *signo* de esa salvación *y la realiza*; (LG, 1) y

c) *pueblo de Dios*, todo él sacerdotal, profético y

misionero: «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente» (LG, 9: aunque todo el capítulo II -que *no estaba en la redacción de 1962*- está dedicado a este título). Se pretendía acabar con la identificación de *iglesia y jerarquía, ecclesiology y jerarcológica* (SCHEIFLER, 1966, 71).

También hay que destacar que no se define en ningún momento qué se entiende por pueblo de Dios: «ha dejado que el Pueblo de Dios actúe más en nosotros como una noción vivencial y realidad histórica, que como una definición escolar con límites precisos» (o. c., 85).

Los dos primeros ejes - *misterio* y *sacramento*- destacan aspectos o niveles de una realidad profunda, difícilmente identificable con la estructura o aparato jurídico de la Iglesia; el tercero -*pueblo de Dios*-, sobre todo por lo que destaca (sacerdocio común de los fieles, sentido de la fe y de los carismas...: LG, 10-12), habla de una realidad primordial que se sitúa más allá y en una

El cambio se estaba produciendo: las tensiones, el forcejeo entre imágenes de cura contrapuestas se manifiestan durante el Concilio.

profundidad haría lejana a lo autoritario. «La gran novedad que aportó el Vaticano II fue afirmar que lo primero que hay que decir de los cristianos es que todos son iguales ante Dios y, por eso, todos participan de una misma condición» (CASTILLO, 2001, 38). Todos los carismas, tareas o funciones que posteriormente se irán concretando, han de ser

entendidos, analizados y practicados desde esta perspectiva.

FLORISTÁN resume la eclesiología conciliar con estos epígrafes:

- a) «La Iglesia se define en términos de comunión»;
- b) «es básicamente Pueblo de Dios»;
- c) «sacramento universal de salvación»; d) «está en función del mundo»; y
- e) «es primordialmente local» (1993, 598-601).



2. 3.- Los curas: al servicio del Pueblo de Dios.

Fue el de los curas el *colectivo bisagra* donde con mayor profundidad se hizo patente la necesidad de transformación profunda exigida por unas coordenadas como las que el Vaticano II había marcado. Las

grandes líneas eclesiológicas eran novedosas y rotundas; pero *las orientaciones y decisiones prácticas quedaban en una gran indefinición*. Esto provocó un malestar de fondo y una situación de búsqueda nada fácil. «Hoy se soportan menos la vida tranquila y artificial de funcionario, el que los problemas se tapen y no se manifiesten... Han surgido cosas que ya estaban ahí desde hace tiempo (el problema del celibato, entre otros)... No es una crisis moral o espiritual, es una crisis existencial. No es un problema de cumplir más o menos unas normas ascéticas, es que se ha puesto en cuestión el sentido mismo de la existencia» (URBINA, 1971, 33).

Testigo cualificado de este proceso puede ser un libro como el escrito en 1966 por Jacques Duquesne: *Los curas*. En él se relataba el cambio que se estaba produciendo, las tensiones, el forcejeo entre dos imágenes de cura contrapuestas - una de ellas en retroceso y otra en construcción- la sensación de cierto olvido (*Lumen Gentium* dedica diez apartados a los obispos; uno solo, a los presbíteros; aunque es verdad que se les dedicó un *decreto* entero: *Presbyterorum Ordinis*)... El libro apuntaba elementos interesantes de esa búsqueda.

El recorrido de los diversos borradores del *decreto* aludido fue tortuoso: desde 1961 y 1962 se había contado con dos esquemas que fueron rechazados. Lo mismo sucedió

con otras redacciones posteriores. La crítica más repetida que se le hizo fue: «Los oradores lamentan lo poco que se dice sobre la teología del sacerdocio y lo mucho que se insiste sobre aspectos disciplinares» (VATICANO II. Documentos, 337). El decreto fue aprobado el 7 de diciembre de 1965, víspera de la clausura del concilio. Parece un síntoma ¿verdad?

Sin embargo, sí se puede resaltar que la teología de la Iglesia reflejada por la *Lumen Gentium* daba la perspectiva clave para fundamentar una figura de los presbíteros suficientemente anclada en una Iglesia-Pueblo de Dios:

participación en el cargo ministerial de los obispos, en una Iglesia donde «todos los fieles son hechos sacerdocio santo y regio» (PO, 2); es decir, *tarea, ministerio y servicio al Pueblo de Dios, y unido a él en la igualdad fundamental*. Aunque un poco más adelante –ambigüedad, de nuevo- se insiste en que son «en realidad segregados, en cierto modo, en el seno del Pueblo de Dios» (PO, 3).

«Los signos eclesiales de las tendencias más dinámicas de la acción pastoral y de la palabra formal del Vaticano II señalan orientaciones muy claras y constructivas: espíritu misionero, evangelizador, comunitario, sencillez,

transparencia, presencia y encarnación en el mundo de los pobres, superación de todo lo que separe del pueblo o sitúe en una posición elevada o privilegiada, de todo sentimiento aristocrático, fidelidad al Evangelio, revisión de vida, apertura, respeto, amor a los valores vitales.

Es necesario reafirmar los valores trascendentales y espirituales, tan afirmados en el periodo anterior: oración, sacrificio, etc. Pero hay que crear formas nuevas de expresión religiosa, y estos valores trascendentes han de ser purificados de ciertas ambigüedades que abundaron el periodo anterior... (URBINA, 1971, 75-76).

Tarea, ministerio y servicio al Pueblo de Dios, y unido a él en la igualdad fundamental.



3.- ¿QUÉ NOS QUEDA DEL VATICANO II?

La involución de la vida de la Iglesia en los últimos pontificados ha relegado al olvido todo lo que suene a Concilio. No se niega su aportación; pero se minimiza su importancia o, incluso, se juega con sus ambigüedades para, respetando la letra, sepultar el espíritu. Se disolvió el clima; entró mucho miedo a perder el control y el poder; y se tachó de

colaborado a que el Vaticano II se nos quede casi perdido en la noche de los tiempos.

A casi 50 años desde el inicio del Concilio, es inevitable preguntarse por la permanencia y la validez de sus aportaciones. ¿Fueron tan importantes sus decisiones? ¿Fueron tan claras las líneas teológicas abiertas? ¿Tienen validez hoy día? ¿En qué medida responden a

perdido toda su vigencia. No menos orgulloso y contra la historia sería pensar o defender que, clausurada la asamblea conciliar y puestas en marcha la serie de reformas que aconsejó, el trabajo realizado ya dio sus frutos.

¿Merece la pena, por tanto, celebrar el 50º aniversario? ¿Con qué sentido? ¿Para qué nos puede servir? ¿Queda algo válido que debemos reivindicar, que pueda ayudarnos hoy en día y por cuya vigencia merezca la pena seguir luchando?

¿Queda algo válido que debemos reivindicar, que pueda ayudarnos, porque merezca la pena seguir luchando?

traición a todo intento de hacer realidad las propuestas del Concilio. El poder de la curia vaticana, el peso de viejas tradiciones, la dificultad de mantener una comunidad universal en estado de reforma, el auge experimentado por los movimientos más conservadores, la misma evolución de la sociedad civil tendente hacia posturas más reaccionarias, todo ello ha

problemas actuales, que se han manifestado o agudizado en nuestros días?

La historia sigue abierta; y sus retos se van transformando, exigiendo nuevos planteamientos y respuestas. Sería tan pretencioso pensar que la imagen del mundo de entonces sigue siendo válida, como valorar que las grandes intuiciones y respuestas concretas que aportó han

3.1.- Unos documentos de la mayor autoridad.

Ante todo, es de justicia reivindicar que nos quedan unos documentos que expresan *el sentir de la Iglesia* en aquellos momentos: *la captación que supieron hacer de lo que significaba el paso de Dios y su presencia en nuestro mundo*; y cómo debíamos la comunidad de creyentes en Jesús seguir buscando su rastro y sus signos entre los seres humanos. Nada más y nada

menos. Para quienes minusvaloran unos documentos a los que no consideran «muy» «dogmáticos» (no definieron ni condenaron nada...) habría que recordarles que siguen siendo *la expresión del magisterio más plena y solemne que hayamos vivido en todo el siglo XX*. Y la última, por ahora: muy por encima de tantas encíclicas, discursos papales o jornadas mundiales, a los que tantas veces se da una importancia desmedida. Para quienes tanto se aferran -en teoría- a las declaraciones magisteriales, esto no debería olvidarse.

3.2.- Unas coordenadas fundamentales para orientarnos.

Aunque, desde nuestros planteamientos, queremos destacar que queda vigente, sobre todo, **el espíritu** que puso en marcha esa primavera eclesial... Un espíritu de apertura a la vida, al mundo, a los seres humanos, de encarnación en situaciones reales, de servicio y de proyección hacia el futuro, de preocupación y compromiso con los más necesitados.

«La proyección futura de la fe es la esperanza, que sabe abrirse a lo imprevisible del don que ad-viene a nosotros desde el futuro... El futuro de la fe ha nacido ya: sus signos son las

nuevas comunidades de fe, compuestas de creyentes, situadas en la base, perdidas en la masa... Otro carácter de ese futuro que ha nacido ya es el pluralismo de tendencias, que parecen articularse alrededor de dos polos: uno más carismático y litúrgico; y otro más comprometido políticamente» (URBINA, 1978, 317-318).

Cuando nos referimos al reto de *vivir ese espíritu en lo que afecta a los presbíteros*, a su vida, a su inserción y a su función en las comunidades de creyentes, creemos importante tener presente la teología fundamental de los textos conciliares, sin obviar sus aspectos más ambiguos o, incluso, contradictorios.

la totalidad estructural de la Iglesia, no *fuera y por encima* de ella (LG, 9-17)» (URBINA, 1971, 78).

Aunque en otros momentos de la historia la perspectiva haya sido otra, parece que desde el Vaticano II no es ya legítimo aludir a antiguas tradiciones rituales o religiosas que para nada están presentes *en la vida y en la predicación de Jesús ni en la práctica de las primitivas comunidades*. Todas las prácticas históricas, las espiritualidades sacerdotales y hasta los cánones que no pasen este filtro, difícilmente pueden defenderse como conectadas con el espíritu de Jesús, por muy bendecidas y practicadas que hayan sido.

Queda de válido el espíritu que puso en marcha esa primavera eclesial... Un espíritu de apertura a la vida, al mundo, a los seres humanos.

Fernando Urbina marcaba con toda claridad la teología conciliar sobre los presbíteros, con sus dos elementos básicos: referencia a Jesús e inserción en la comunidad.

«Vaticano II ha puesto los firmes fundamentos de una teología del ministerio eclesial: 1. al partir directamente de Jesucristo (LG, 18-28 y PO 1 y 2) y 2. al situar los ministerios en

«1. Principio cristológico.-

El ministerio cristiano no tiene otro fundamento que Jesucristo. Él realiza la salvación del mundo por el ministerio de reconciliación con Dios, no con las formas sacrales y rituales de separación de la vida y de dominación vertical propia de los sacerdotes paganos y judíos... El acto de salvación lo

realiza Jesucristo por el anuncio del Reino de Dios en el Evangelio y por el don de su propia vida al servicio del hombre y del pueblo, que culmina en la cruz. La cruz no es tampoco un acto ritual en el templo, sino un trozo de vida fuera de los muros sagrados, que lo sitúa al nivel de los más pobres y desgraciados, asumiendo así -como dice la carta a los Hebreos- lo más espeso de la condición humana... Jesucristo realiza así en un solo ministerio, que no es un rito, sino un acto total de vida y de don de sí mismo por amor, la totalidad de los ministerios religiosos: profético, revelador, magisterial, sacerdotal, sacrificial» (O. c., 78).

Igualmente cualquier prescripción canónica que segregue al sacerdote, al margen de una comunidad, tendría que ser cuestionada profundamente

Igualmente cualquier costumbre, práctica o prescripción canónica que trate de *sacar* al presbítero de su hábitat natural, convirtiéndolo en un personaje, función o rol por encima de y al margen de una comunidad de creyentes adultos y corresponsables, tendría que ser cuestionada desde la raíz por pertenecer a un

pasado no adaptado al principio eclesial.

«2. Principio eclesial.-

La presencialidad del ministerio de salvación de Jesucristo en el tiempo se realiza por la Iglesia: comunidad de fe, de caridad, de Eucaristía, toda ella santa y consagrada a Dios por el amor... En la Iglesia no hay ya, como en el mundo antiguo preevangélico, distancias de diferentes dignidades ontológicas o sacrales, o espacios separados de sacralidad y profanidad. El espacio de santidad es ahora ya toda la vida, en la cual el Pueblo de Dios entero se ofrece continuamente a la gloria de Dios, unido a Jesucristo por la fe y el signo sacramental de la Eucaristía...

los signos sacramentales, el servicio pastoral del Pueblo de Dios, el signo de unidad y comunión apostólica... La Iglesia, a partir de esta institución fundacional, tiene el poder de crear a lo largo del tiempo de la historia, diversas formas y figuras nuevas y convenientes para su misión, en sus distintas formas vitales, espirituales, sociales, canónicas...» (URBINA, 1971, 78-80).

No hay, sin embargo, que pensar que todo esté tan claro. Aunque las bases teológicas expresadas magistralmente por Urbina están en los documentos conciliares, también se colaron otras ideas que han movido a la perplejidad y a la desorientación. José María Castillo destaca la ambivalencia que se encerraba en la teología sobre los presbíteros; ambigüedad que ha ido aflorando con el tiempo. «Las personas que vivimos los años del Concilio, y también los tiempos y situaciones que vinieron después, sabemos perfectamente que el clero de todo el mundo sufrió una sacudida muy fuerte a partir precisamente de lo que ocurrió en el Vaticano II. La cantidad de sacerdotes que han abandonado su ministerio desde entonces resulta ya prácticamente incalculable... Es un hecho que el Concilio se preocupó seriamente por la vida y ministerio de los presbíteros en la Iglesia, pero el resultado fue,

La Iglesia tiene en su seno un ministerio -participación del ministerio apostólico en sus funciones transmisibles- instituido por Jesucristo para el servicio social en el tiempo histórico de las funciones eclesiales fundamentales: la proclamación misionera de la Palabra, la celebración de la Eucaristía y administración de

al menos a primera vista, no una renovación, sino una crisis bastante profunda... (2001, 109). Ambivalencia subrayada también por FLORISTÁN (1993, 597).

Hay que dejar claro, a pesar de todo, que el Concilio enriqueció y clarificó básicamente la teología sobre la que debe fundamentarse el sacramento del orden y la vida de los presbíteros. *Nunca más* deberíamos pensar en el cura como *un creyente dedicado al culto y al altar como tarea primordial y específica*. Con ello, el cura dejaba de ser un personaje dedicado a lo sagrado, con una vida separada, al margen y por encima de los creyentes de a pie, para convertirse en *el que comparte, en solidaridad, la vida y el sufrimiento de aquellos con quienes convive*. Aunque los documentos conciliares muestran que los padres conciliares seguían enredados en la ambigüedad de decir que eran *segregados* aunque no *separados*, tratando, tal vez, de contentar al ala más conservadora del aula conciliar.

Quedémonos, por tanto, con lo que parece más claramente expresado en los textos del Concilio: *la originalidad del sacerdocio de Cristo*, que acaba con los sacerdocios antiguos, y la *necesaria integración a nivel de igualdad y fraternidad del presbítero en la comunidad* de creyentes, donde todos son copartícipes de la misión de Jesús.

«La cuestión decisiva está en comprender que el Nuevo Testamento representa un cambio radical en cuanto se refiere a nuestra manera de entender y vivir el sacerdocio... *En vez de separarse de los demás, Cristo tuvo que parecerse en todo a sus hermanos* (Heb 2, 17; 4, 15). A partir de Cristo, el sacerdote no es el hombre que se separa de los demás, sino el que comparte, en solidaridad, la vida y el sufrimiento de aquellos con quienes convive... Ahora bien, esto es lo que no supo o no quiso decir el Concilio» (CASTILLO, 2001, 113-114).

3.3.- Conmemorar un aniversario: ¿para qué?

Llegados a este punto y a modo de conclusión, parece que la conmemoración del Vaticano II *tiene sentido* para nosotros; un sentido profundo, eclesial, siempre y cuando esté enmarcado *en la perspectiva y las coordenadas* del análisis desarrollado.

a) No podemos hacer un mito del Vaticano II. Sin minimizar sus aportaciones, hay que reconocer que sus documentos no superaron ambivalencias y ambigüedades profundas,

El clero de todo el mundo sufrió una sacudida muy fuerte a partir precisamente de lo que ocurrió en el Vaticano II.



buscando unas formulaciones de concordia; que se quedó, con frecuencia, en formulaciones teóricas sin bajar a decisiones prácticas; que dejó en manos de la curia y muchos monseñores vaticanos una reforma que suponía un cuestionamiento radical de su justificación eclesiológica y de sus prácticas centralistas; y, sobre todo, que muchas de sus aportaciones no responden hoy en día -como es lógico por otra parte- a problemas y situaciones que han cambiado de raíz.

b) Sin embargo, su mensaje central, su apuesta profunda, sus convicciones más evangélicas no son algo del pasado, consignas

circunstanciales; son un espíritu tan conectado con lo nuclear del Evangelio que debe ser considerado válido para cualquier época. El servicio, la sencillez, la opción por los peor tratados en nuestra sociedad, la necesidad de escrutar los signos de la presencia de Dios en la vida... son marcadores de Evangelio que no pueden faltar en ningún grupo que se considere Iglesia. Deben ser opciones innegociables que nos conectan con lo original, con el Nazareno.

c) En este sentido, el Vaticano II fue un momento fuerte del paso de Dios por la historia: no tanto por sus logros, decisiones y documentos, sino sobre todo

por habernos marcado unos cauces por los que **recobrar el sentido original de nuestras vidas y las sendas transitadas por Jesús:** sin estas opciones claramente buscadas, difícilmente podremos pretender -como personas y como comunidad de creyentes- formar parte de la utopía evangélica o tener la pretensión de formar parte de «la Iglesia de Jesús».

d) Es preciso que hoy actualicemos ese paso de Dios, que lo hagamos realidad visible y entendible. Y esto sólo será posible por nuestra coherencia -personal y colectiva- si seguimos creyendo que el Evangelio tiene aún vigencia y gancho para marcar nuestras vidas en *aspectos tan valorados hoy en día* por nuestro mundo como son:

+ **no mantener ni buscar situaciones de privilegio, poder,** influencia, *concordatos,* exenciones tributarias, tratos de favor; sino mezclarnos y vivir como la gente normal, ayudando y colaborando desde lo sencillo, luchando por las mejoras que afecten a la mayoría y prioritariamente a quienes más lo necesitan;

+ **no coquetear con el poder;** ni utilizar instrumentos o medios poderosos y multitudinarios para transmitir el *mensaje evangélico, tan contradictorio con lo que huele a poder y ostentación;* sino recrearnos en el

El mensaje del Concilio es un espíritu conectado profundamente con lo nuclear del Evangelio que debe ser considerado válido para cualquier época.



trabajo callado, diario, cercano, solidario, humilde; huir de todo lo que conduzca a endiosar e idolatrar figuras o acontecimientos;

+ no andar enredados ni perdidos en nuestras cosas de Iglesia, por importantes que hayan sido o parezcan, confundiendo *derechos-privilegios de la Iglesia* con medios de evangelización; sino mezclarnos y comprometernos con quienes luchan por los derechos de quienes menos tienen, por las grandes causas de la humanidad: por la paz, contra el hambre, por la erradicación de la guerra, contra la explotación de cualquier ser humano...;

+ no crear ghettos aparte, no excluir o expulsar a nadie desde la mentalidad de que somos mejores, poseemos la verdad; sino crear una cultura del compartir, de la búsqueda sincera en común, desde la conciencia de que nadie está por encima de nadie y ninguna forma de entender la vida humana agota todas las posibilidades legítimas de entenderla...;

+ no repetir ni quedarnos en bonitas declaraciones de principios ni en magníficas intenciones teóricas; sino bajar a los hechos, dotar a nuestros mensajes de la credibilidad que aporta el que los ponemos en práctica; creernos de verdad aquello del Evangelio: «No todo el que me dice *Señor, Señor*... sino el que

cumple la voluntad del Padre». No es la hora de decir a los demás lo que han hacer, sino de encontrar nuestro centro y nuestro sentido.

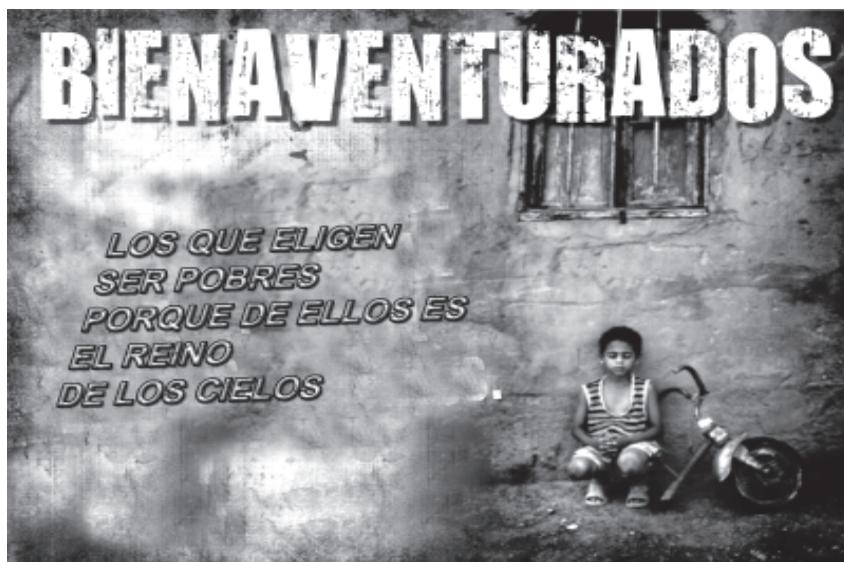
En definitiva, tomarnos en serio la validez de las grandes intuiciones conciliares: la **apuesta por compartir la vida desde dentro; el compromiso de buscar** -más allá de la obsesión de enseñar- respuestas a los nuevos problemas; la intuición de que esa búsqueda supondrá un **redescubrimiento, un retorno a las fuentes evangélicas**; y la conciencia de que ese camino conducirá a un **replanteamiento de la forma de entendernos como Iglesia**

de Jesús y de posicionarnos en nuestro mundo.

Queremos cerrar este análisis-recordatorio con una frase de PAGOLA: «*La sociedad actual necesita conocer comunidades cristianas marcadas por el espíritu de las bienaventuranzas. Sólo una Iglesia evangélica tiene autoridad y credibilidad para mostrar el rostro de Jesús a los hombres y mujeres de hoy*». No existe otro espíritu del que guiarnos; y ésa es la senda marcada por el Vaticano II, más allá de sus ambigüedades y limitaciones.

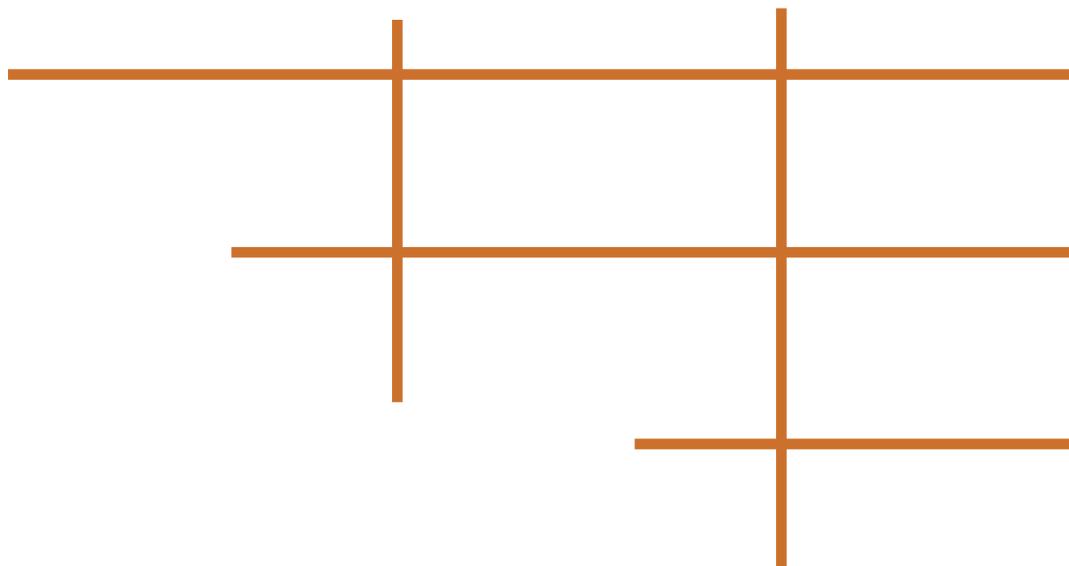
Ramón Alario

Es necesario mezclarnos y comprometernos con quienes luchan por los derechos de quienes menos tienen, por las grandes causas de la humanidad.



BIBLIOGRAFÍA.

- FRISQUE, J. (1967), «Primer balance del Vaticano II». En *El Concilio ¿mito, historia o realidad?* Nova Terra: Barcelona.
- ALFARO, J. (1966), «El misterio de la Iglesia en el Concilio Vaticano II». En AA. VV. *Estudios sobre el Concilio Vaticano II*. Universidad de Deusto. Ed. Mensajero: Bilbao. (43-56).
- SCHEIFLER, J. R. (1966), «La Iglesia, *Pueblo de Dios*». En AA. VV. *Estudios sobre el Concilio Vaticano II*. Universidad de Deusto. Ed. Mensajero: Bilbao. (71-157).
- SANTAMARÍA, C. (1967), «La Iglesia y el mundo moderno». En AA. VV. *Estudios sobre la Constitución Gaudium et Spes*. Universidad de Deusto. Bilbao: Mensajero.
- DUQUESNE, J. (1966), *Los curas*. Edicions 62: Barcelona.
- URBINA, F. (1971), *Sacerdotes. Crisis y construcción*. PPC: Madrid.
- URBINA, F. (1978), «Una interpretación histórico-teológica del presenta postconciliar, abierta al futuro». *Pastoral Misionera*, 59-80. (Tomado de *Mundo moderno y fe cristiana. I. Meditación desde España*. Ed. Popular. Madrid. 303-319).
- URBINA, F. (1978), «¿Una gran esperanza frustrada?». *Pastoral Misionera*, 667-697. (Tomado de *Mundo moderno y fe cristiana. I. Meditación desde España*. Ed. Popular. Madrid, 358-364).
- URBINA, F. (1981), «Hacia un replanteamiento actual de la problemática del ministerio sacerdotal en la Iglesia católica». *Iglesia viva*, 7-28. (Tomado de *Pastoral y espiritualidad para el mundo moderno. II. El espesor de lo real*. Ed. Popular. Madrid.97-115).
- DOCUMENTOS DEL VATICANO II (1973). Madrid: BAC.
- CASTILLO, J. M., (2001), *La Iglesia que quiso el Concilio*. PPC: Madrid.
- ROVIRA, J. M. (1977), «Sociedad perfecta y sacramentum salutis: dos conceptos eclesiológicos, dos imágenes de Iglesia». En *Iglesia y sociedad en España. 1939/1975*. Madrid: Ed. Popular. 315-352.
- FLORISTÁN, C. (1993), «Iglesia». En FLORISTÁN, C.-TAMAYO, J. J. *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Madrid: Trotta. 587-602.



de la vida sacramentos

UNOS ABUELOS RAROS



por Andrés Muñoz

“Sacramento significa... esa realidad del mundo que, sin dejar de ser mundo, habla de otro mundo, el mundo humano de las vivencias profundas, de los valores incuestionables y del sentido plenificador de la vida».

EN ARANJUEZ...



aranjuez suena a música romántica y a enredos palaciegos. Aranjuez huele a jardín en flor y pintura fresca. Aranjuez es una bella estampa

bucólica de paz y bienestar para estos tiempos de crisis y desazones. Pero Aranjuez también es una ciudad como tantas otras que, a orillas del Tajo, sus gentes construyen su vida diaria, monótona, con esfuerzo sin perfumes mágicos ni colores embriagadores que hagan olvidar la cruda realidad.

De ello nos pueden dar razón en la calle San Antonio (en otros tiempos: José Antonio Primo...) una pareja: EMILIA Y TOMÁS. Es una pareja ya madura, larga y curtida. Almacenan muchos años: 84 y 87 respectivamente, pero les queda cuerda para rato. Bueno, hasta que el cuerpo aguante.

No vamos a contar sus batallitas de abuelos dicharacheros. Eso queda para los que se consideran viejos de espíritu y ellos no lo son. Parece como si el medio en el que viven – flores, árboles de hoja perenne, agua - les hubiera contagiado de fuerza, perennidad y de una frescura de pensamiento envidiable a sus años. Pero, eso sí, tienen «sus rarezas» y las han practicado con profusión, desparpajo y a pleno sol. Son *rarezas*, porque no es muy habitual encontrar estos comportamientos hoy en día en gente de su edad y a través de toda una vida. *Rarezas* que pueden servir para la vida normal de hoy, ya que son fruto de unas actitudes personales que se llevan en el interior y que afloran ante cualquier grito de ayuda o necesidad. *Rarezas* que se resumen en una frase

de Tomás: «creer en la gente, ser responsables del ser humano, no ser materialistas, luchar por el bienestar de los demás y todo sin conservantes ni colorantes»

RAREZA DE LINAJE

Cualquiera que conozca la procedencia y residencia habitual de Tomás y Emilia, podría llegar a pensar, en principio, que estas personas vendrían de alcurnia noble o que en sus venas llevaban sangre con matices azulados, ya que

Emilia nació en Madrid, capital del Reino, Tomás en Ciudad Real y desde hace más de 50 años viven en el Real Sitio de Aranjuez. ¿No es para sospechar que algún hado les guardaba algún puesto en la realeza? No. Solo es coincidencia. Mas bien es una broma para decir que a ellos no les gusta presumir *realmente* de nada ni juegan a grandezas ni a ser por tener. Nunca han ocultado su condición humilde. Cosa rara en estos tiempos

donde se hinchan los pechos enseguida para superar al otro. Ellos son de la plebe, es decir, de la «clase social común fuera de los nobles, eclesiásticos y militares», según la *Real Academia*. Han vivido y viven como gente del pueblo, en el pueblo y con el pueblo, haciendo, como todos, las cosas más vulgares: vivir, gozar, trabajar, engendrar, sufrir, soñar. En la realeza no fueron nada, en humanidad son muy nobles.





RAREZA CONYUGAL Y FAMILIAR

Es una *rareza* obstinada: 58 años de *convivencia en pareja*. ¿58 años de aguante? No, más de medio siglo de amor. Y esto sí que es raro, pues la media de las parejas españolas no pasa de los 10 años de convivencia. ¡Qué fórmula mágica habrán empleado para conservar la frescura del amor! Según ellos, echando mano del método clásico y tradicional: cariño, respeto, perdón, diálogo y cierta dosis de imaginación.

Nada raro, pero les ayudó a superar los desajustes personales, emocionales y familiares, pues, como confiesan «nuestros primeros pasos como pareja fueron muy difíciles por razones familiares, ya que siempre hemos tenido puesta la etiqueta de *perdedores*». Como pareja son, usando un término medio ambiental, de las pocas que quedan de esta especie y se las puede catalogar en periodo de extinción.

Emilia y Tomás construyen una familia con cinco hijos ¡Qué raros! Con lo bien que se vive con uno o a la sumo con la parejita. Ellos no: cinco hijos, cinco historias, cinco bocas, cinco

sonrisas. Pero «los hijos son nuestra gran satisfacción; les hemos visto crecer libres para pensar y tomar decisiones, creer en la gente, ser responsables de sí mismos y no desentenderse de los más necesitados», dicen orgullosos.

No se han contentado con ser padres: Han sido también padrinos, que es ser padre de otra manera. Así se lo tomaron ellos. Mi mujer, mi hijo y yo somos testigos y beneficiarios de su padrinzago, porque no se han limitado a un cumplimiento ceremonial, sino que hemos sentido su acogida y su estímulo. Más de una vez nos han dicho: «os acogimos con el mismo cariño que a nuestros hijos; vosotros nos habéis hecho la deferencia de contar con nosotros en su buenos y malos momentos»

Nueve nietos los hacen abuelos, prolongando su paternidad. Se ve que les gusta la vida: crearla, recrearla, alargarla.

RAREZA SOLIDARIA

Uno de los puntales de la vida de Tomás y Emilia ha sido la *conciencia social*. Siempre pensaron que la vida humana, toda vida humana, había que vivirla y defenderla en solidaridad, juntos, apretados. De ahí su activa participación en grupos, colectivos, parroquias, asociaciones, plataformas...



Otra de sus fuerzas motrices fue la *gratuidad: la rareza de dar gratis lo que gratis se recibe*. No les ofusco ni el beneficio económico ni el medro social. Había que ayudar a la gente por humanidad. Y así dieron gratis su tiempo, su esfuerzo y hasta de su escaso dinero, cosa rara hoy. Se ve que no aprendieron las consignas capitalistas. Ellos siguieron a lo suyo diciendo que lo que se da gratis es más gratificante.

«Nuestras inquietudes sociales empezaron después de hacer unos *Cursillos de Cristiandad*, movimiento eclesial creado entre 1940 y 1949 para ayudar a «compartir una fe vivida y difundirla», según su ideario.

«Encontrarnos en Aranjuez con un cura renovador en aquellos tiempos también fue un aliciente para nosotros»

Encarrilados por esta vía, en los últimos años de la dictadura empezaron a reunirse con muchas dificultades y riesgos. Era peligroso y hasta subversivo juntarse y más pertenecer a un colectivo. Colaborando con grupos ciudadanos impulsaron el asociacionismo vecinal, cultural y juvenil, trabajaron en potenciar los valores humanos y los derechos democráticos. Esta *rareza* (no había mucha gente dispuesta a esta lucha) les costó ser perseguidos por las calles y catalogados como peligrosos.

Y metidos en harina se apuntaron a las *Hermandades del Trabajo*, movimiento fundado por el cura Abundio García y un grupo de trabajadores para «luchar con otros muchos por los derechos de los trabajadores», decía su lema. Con este paraguas pudieron colaborar en la construcción y promoción de viviendas para gente humilde, residencias de estudio y formación, lugares de encuentro y otros muchos proyectos sociales en



contacto directo con el «cura Abundio», también conocido como «el papa negro».

Para Emilia hubo una etapa en donde hizo una labor que le satisfizo plenamente. «Siempre me sentí muy identificada con las madres del Proyecto-Hombre (método de rehabilitación de drogodependientes), más incluso que con mi grupo de matrimonios; gracias a ello descubrí otro sitio donde aprendí a poder ayudar. Es la época más satisfactoria para mí: pude dar mucho, pero recibí mucho más. En este proyecto estuvimos cerca de quince años de voluntarios trabajando con familiares de adictos a las drogas». Tomás, reconociendo que Emilia fue mucho más activa que él en el proyecto, sacó esta conclusión de su colaboración: «me sirvió mucho, porque ahí tocabas la realidad y lo que le hacía falta a la sociedad». Ahí queda esta *rareza que es humanidad profunda*.

Con muchos años encima todavía tenían arranques para acompañar enfermos, colaborar en el centro penitenciario, ayudar a padres con hijos en programas de metadona o echar una mano en la alfabetización de adultos. ¿De dónde sacaban tiempo y fuerzas para estar en tantas causas marginales? No me digáis que no es *rareza*



meterse en tantos fregados a su edad con lo bien que podían estar calentitos en casa. Claro, que esta *rareza* les venía de atrás. Siempre se posicionaron un tanto escorados a babor, reivindicando espacios vitales y democráticos donde fueran posibles la justicia, la libertad, la utopía, búsquedas un tanto peligrosas y sospechosas en otros tiempos ya superados. Siempre fueron pacíficos, pero siempre dando guerra y aun hoy, a los ochenta y tantos años siguen siendo *moscas cojoneras social y religiosamente*.

RAREZA RELIGIOSA

Es otra de sus *rarezas viejas*. Se declaran cristianos e intentan vivir con coherencia el mensaje de Jesús de Nazaret. No está muy de moda declararse cristiano, aunque sociológicamente en España seamos la mayoría. Sus comienzos educativos en esta parcela fueron en colegios de *curas* (marianistas, jesuitas, Corazón de María...). Con el tiempo y al contacto con la realidad social se dieron cuenta de que se tenían que «despojar de ese cristianismo místico y nada humano, que todavía existe;...teníamos necesidad de profundizar y

expansionar nuestras ideas religiosas y, sobre todo, nuestras vivencias en la fe», recuerdan. «Aranjuez por aquel entonces estaba regido por sacerdotes y cristianos fundamentalistas», afirma rotundo Tomás; pero «gracias a un obispo contestatario, que decían que estaba loco, y a los *curas rojos* y a la comunidad que se formó en torno a la parroquia de San Pascual, comenzamos una nueva etapa en nuestra vivencia cristiana. El resultado de este hallazgo fueron 40 años de grupo comunitario de matrimonios con un cristianismo muy humano con su porcentaje espiritual». A la vez, en este tiempo, Emilia echaba sus buenas horas en las catequesis infantil y juvenil.

Con esta vivencia de fe madura, distinta a la del cristianismo de consumo, se unieron a otros grupos cristianos, como Moceop, para celebrar, «ratificar y llenar», según ellos, su espacio espiritual.

Pero «con la Iglesia hemos topado, Sancho», dicen rememorando a D. Quijote, su paisano. «Ratificamos que no nos gusta nada la Iglesia actual, porque no vemos que sea continuadora del mensaje evangélico de Cristo y queremos recordar a los *sayones de púrpura y morado (jerarcas de la Iglesia)* el ruego del buen Papa Juan: *abrid las ventanas de Vaticano para que entre el aire fresco y renovador*»

«Ahora, a estas alturas de vida, dicen, vivimos de las rentas obtenidas en nuestro caminar anterior, ya que en la actualidad poco podemos hacer»
Aun así, a la caída de la tarde, nos dejan estas *rarezas y este sueño*:

«nos gustaría tener una Iglesia pequeñita con muchas ventanas para que entre la luz, mucha luz transparente y humana.

entr elín eas

a veces veo muertos

Pepe Laguna

«A veces veo muertos», esto era lo que el niño de la película *El sexto sentido* confesaba al psicólogo infantil en una de sus visitas diarias. Después de hora y media de hacernos partícipes de las visiones del asustado chaval, el director del filme da un giro de ciento ochenta grados y, en un final inesperado, nos descubre que el psicólogo en cuestión llevaba muerto desde el primer fotograma. El chico había estado haciendo terapia con una de sus visiones de ultratumba.

Para el espectador no advertido, el terapeuta interpretado por Bruce Willis aparece en la pantalla como un ser real de carne y hueso. Pero cuando se vuelve a visionar la cinta conociendo ya el desenlace nos damos cuenta de que en las continuas apariciones del actor ningún personaje —excepto el niño— interactúa directamente con él.

Algo parecido me pasa a mí con determinados personajes del estamento eclesial: veo muertos que se empeñan en pasar por vivos. Y a falta de psicólogo de ultratumba que me ayude a discernir claramente entre el mundo de los vivos y el de los muertos, he tenido que echar mano del subgénero cinematográfico «películas de zombis» para encontrar criterios que me permitan detectar la presencia de muertos vivientes entre nosotros. Criterios que comparto por si a alguien más les fuesen útiles.

Por de pronto he descubierto que los zombis clericales no caminan como patos entre despojos, casquería y huesos desencajados. Visten trajes talarés y van convenientemente perfumados. Aunque, eso sí, comparten con los zombis de serie B idéntica ignorancia: no saben que están muertos y actúan como si siguieran perteneciendo al mundo de los vivos.

BRUCE WILLIS

“a veces
veo
muertos”

EL SEXTO SENTIDO

Otra enseñanza básica que todos hemos aprendido de las «películas de miedo» es que los zombis no soportan la luz. Por eso no es de extrañar que en la primavera eclesial que supuso el Concilio Vaticano II con su apertura de ventanas para que los rayos del mundo entraran en la Iglesia, los zombis huyeran a sus cuarteles de invierno esperando épocas tenebrosas más propicias para sus andanzas. Esos tiempos de penumbra parece que ya han llegado y ahora que la Iglesia institucional se empeña en correr cortinas y cerrar ventanas, empiezan a proliferar zombis lefebrianos que salen de sus tumbas para celebrar misas en latín de espaldas a la feligresía.

Acostumbrados a la oscuridad los zombis solo ven en blanco y negro, por eso se orientan cómodamente entre catecismos, derechos canónicos, amonestaciones y condenas y, por contra, huyen despavoridos ante la presencia de banderas arco iris. Los zombis eclesiásticos son refractarios a cualquier reflexión teológica que intente arrojar luz sobre la fe e ir más allá de la repetición de recetarios y manuales para cristianos infantilizados. Argumentos como el de aquel zombi de Tarragona para el que las mujeres no podían ser curas como él tampoco podía ser madre, corroboran la sospecha de que en el mundo del más allá hay muy pocas luces.

Por definición, el zombi ni siente ni padece. Razón por la que los muertos vivientes preconciarios nunca llegaron a asumir la constitución *Gaudium et spes* del Vaticano II en la que la Iglesia hacia suyos los gozos, las esperanzas, las angustias y las tristezas de todos los seres humanos, en especial de los más pobres.

No contentos con lo anterior, y cual perro de hortelano, los zombis eclesiales no soportan que los vivos gocen de las delicias de la vida. A tal punto llega su aversión al placer que no dudan en utilizar cualquier medio para intentar atemorizar a todos aquellos que disfrutan con su cuerpo. Pone la piel de gallina escuchar la voz cavernosa de un zombi en una misa televisada recientemente arremetiendo contra «homosexuales corruptos que se prostituyen en antros infernales frecuentados

por hombres». O la de aquel otro zombi cordobés que desde otro púlpito buscaba aterrorizar a la sociedad con el mensaje de ultratumba de que «en las escuelas de secundaria, dentro de los programas escolares, se incita a los jóvenes a fornicar». Afortunadamente, como expertos en asuntos de muertos vivientes, sabemos que quienes así hablan no pertenecen a este mundo sino al del bastante-más-allá.

La ocupación básica de un zombi es asustar, y para tal fin recurren a toda clase de tretas, desde la clásica aparición inesperada de detrás de una puerta entreabierta, hasta las más perversas que atacan a niños indefensos con prácticas innombrables.

Los finales de las pelis de zombis son desasosegantes, cuando los protagonistas parecen haberse deshecho de toda amenaza, siempre aparece uno –con susto incluido- justo antes de que en la pantalla aparezca el rótulo «continuará...». En la vida real pasa igual, es imposible deshacerse de los muertos vivientes. Imposibilidad acentuada en el caso de los zombis eclesiásticos ya que al «ser de la casa» son inmunes a aguas benditas, cruces y exorcismos. Hemos de acostumbrarnos a vivir con ellos. La única precaución que debemos tomar es mantener siempre levantadas las cortinas de la Iglesia para que la siga iluminando el Espíritu del Resucitado –una luz que los mantendrá a raya-, y no dejarse amedrentar por sus amenazas, gritos y aspavientos. Al fin y al cabo están muertos aunque ellos no lo sepan.

*Los muertos vivientes
preconciarios nunca llegaron a
asumir la constitución
Gaudium et Spes del Vaticano II
en la que la Iglesia hacia suyos
los gozos, las esperanzas, las
angustias y las tristezas de todos
los seres humanos, en especial
de los más pobres.*

noticias

para pensar

no puedo traer los hijos al mundo».»Si me pregunta cuando llegaremos a tener las mismas funciones (entre hombres y mujeres) -ha añadido el arzobispo- le diré que yo nunca podré ser una mujer. Y, hoy, la mujer en la Iglesia tiene un papel importantísimo, nunca la he sentido un poco más abajo que nosotros».

mujer

«Las mujeres merecen responsabilidades en la Iglesia»

José Luis Segovia es el director del Instituto de Pastoral, y Juan Pablo García Maestro es el coordinador de unas jornadas de teología que cumplen su 23ª edición y que, bajo el título «Recibir el Concilio, 50 años después», se celebran en el Instituto Superior de Pastoral (Juan XXIII 2, de Madrid). «La Iglesia, con el Vaticano II. El Concilio Vaticano supuso tanta

riqueza y novedad que todavía necesitamos desplegar todo su potencial». «Con el Vaticano II hay que hacer un ejercicio de profecía más que de nostalgia» afirman.

El arzobispo metropolitano de Tarragona, Jaume Pujol, considera que las mujeres no pueden oficiar misa «porque cada uno tiene una función» y lo ha argumentado diciendo: «yo tampoco puedo hacer algunas funciones que hacen las mujeres,

futuro papa

Scola, Piacenza, Sandri y Ouellet, en las quinielas de los medios italianos

¿Empieza la búsqueda del sucesor de Ratzinger?

Crece los indicios de que se buscan un Pontífice italiano, tras dos pontificados de «extranjeros»El nombre que se manejaba en los papeles filtrados, un secreto a voces, es el del italiano Angelo Scola de 70 años y cardenal de Milán. También suena el del prefecto de la Congregación para el Clero, Mauro Piacenza, de

67 años. Pero ahora han surgido como posibles candidatos otros dos hombres de la Curia, el argentino Leonardo Sandri, 68 años, prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales, y el canadiense Marc Ouellet, de 67, nuevo prefecto de la Congregación de los Obispos. En resumen, se está creando ya una atmósfera de fase final del pontificado. Conlleva las quinielas, pero puede durar años y desgastar decenas de nombres.

homofobia

FELGTB y COGAM presentan una denuncia conjunta ante la Fiscalía Provincial de Madrid contra las palabras del Obispo de Alcalá de Henares, Juan Antonio Reig Plá, emitidas en directo por La 2 de TVE en la mañana del Viernes Santo, en las que relacionaba la homosexualidad con la corrupción, la prostitución y el abuso, anteponiendo el prejuicio a la realidad de la diversidad afectiva y sexual y en definitiva cometiendo presuntamente un delito de Provocación a la Discriminación y al Odio, contenido en el artículo 510 del Código Penal.



rouco

En un momento en el que las instituciones de la Iglesia están más volcadas que nunca para paliar, en lo posible, la dureza de la crisis económica que nos azota, y con una reforma laboral que amenaza con dejar en la calle a mucha más gente de la que todavía hay, con los comedores sociales atestados, con Cáritas denunciando una y otra vez la injusticia de un sistema que carece de justicia y solidaridad para con los más necesitados, el cardenal de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal, Antonio María Rouco, que por cierto no ha dicho una sola palabra en favor de los parados, de los que sufren la pobreza y la exclusión social, las víctimas reales de esta crisis, no ha tenido otra ocurrencia que ordenar la desautorización de un texto de HOAC y JOC en la que se critica dicha reforma laboral.

solidario

Padre Ángel: «Que se habiliten comedores en las catedrales»
«Sobran mesas de despacho y faltan para comer», explica, y su ONG predica con el ejemplo ya que el fundador de Mensajeros de la Paz desmantela su sede para atender a los pobres

El presidente de la Asociación Mensajeros de la Paz, el padre Ángel García, advierte a las administraciones públicas de que recortar en servicios sociales por la crisis económica puede llevar a que «la gente salga a la calle con pancartas diciendo que quieren comer» y entonces, ya será tarde para hacer nada.

Que intenten buscar cómo lo pueden «recortar» pero no quitando de comer, porque eso es lo que supone quitar los «servicios sociales», ha asegurado.

monjas

El Vaticano amonesta a la mayor agrupación de monjas de EE UU

La Congregación para la Doctrina de la Fe les acusa de oponerse a varios dogmas

Roma asegura que defienden un ideario feminista radical y de apoyo a los homosexuales. El Vaticano le ha encargado a un arzobispo norteamericano que imponga una reforma integral de la mayor agrupación de monjas de Estados Unidos, a la que acusa de «graves desviaciones doctrinales», por oponerse subrepticamente a la doctrina oficial en materia de sacerdocio y homosexualidad, y por «la prevalencia de ciertas ideas feministas radicales incompatibles con la fe Católica en algunos de sus programas y presentaciones».

reseña

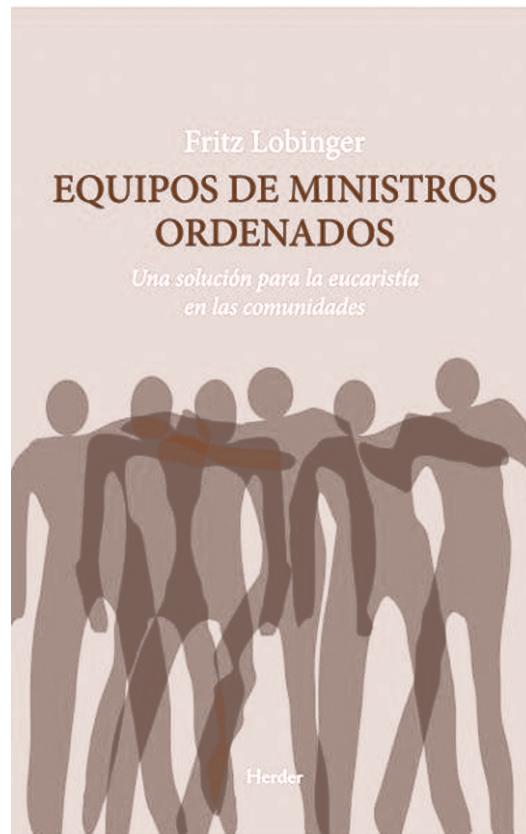
LOBINGER, F. (2010). *El Altar vacío. Un libro ilustrado para debatir sobre la falta de curas.* Barcelona: Herder.

LOBINGER, F. (2010). *Equipos de ministros ordenados. Una solución para la eucaristía en las comunidades.* Barcelona: Herder. (Traducción: Emilia Robles)

Estos dos libros arrancan de una doble preocupación: la escasez de curas y la repercusión inmediata que esta carencia tiene en la imposibilidad de que muchas comunidades celebren la eucaristía dominical; y la necesidad de no permanecer pasivos ante este grave problema eclesial, de buscar y preparar pistas de solución para el mismo. El discurso de ambos libros no nos orienta a rezar a Dios pidiéndole vocaciones; sino, más bien, a buscarlas y a prepararlas en el seno de las comunidades de creyentes. Su autor, obispo emérito de una diócesis de Sudáfrica, doctor en Misionología, con más de cinco décadas de experiencia pastoral en

África. La traducción debemos agradecerla a Emilia Robles.

En ambos libros se parte no solamente de esas constataciones anteriormente reseñadas (escasez de curas, comunidades sin eucaristía, presencia de líderes que podrían ser ordenados...); sino, al mismo tiempo, de un valioso estudio en torno a los ministerios eclesiales en la Iglesia primitiva y su posible y legítima aplicación a las circunstancias actuales. Para estos trabajos de fundamentación teológica se cuenta con dos especialistas: Juan Antonio Estrada realiza una introducción al «libro ilustrado para debatir sobre la falta de curas»; y Antonio José de Almeida, un interesante análisis y resumen sobre la propuesta de Lobinger: *equipos de*



ministros ordenados. El contenido global de ambos libros pertenece, en cierta medida, a los tres: Lobinger, Estrada y Almeida, reconociendo el protagonismo del primero.

La propuesta del autor es valiente y busca expresamente no romper la unidad ni generar un problema muy a tener en cuenta, cual podría ser que su propuesta fuera interpretada como una forma de orillar o minusvalorar el estilo y la forma de vida de los actuales presbíteros.

«Lobinger propone la ordenación presbiteral de equipos litúrgicos en las comunidades, allí donde la comunidad pueda mostrar un alto grado de vida comunitaria, sobre todo una rica experiencia de práctica ministerial no ordenada, y esté, evidentemente, abierta y en comunión con la Iglesia diocesana y con la Iglesia universal» (Almeida: 146).

También se enfrenta con lo que podríamos considerar como soluciones incompletas o que no abordan el fondo del problema. Excluye, de entrada, el tan repetido recurso a que, cuando una comunidad no tiene cura, supla esa ausencia con una celebración de la Palabra. Piensa igualmente que de poco sirve continuar centrando todos los esfuerzos en campañas de promoción de vocaciones. El recurso a distribuir los curas procedentes de países o zonas donde sobran a otros lugares donde escasean, está viciado de raíz pues retorna a unas cuestionables ordenaciones universalistas frente a la autonomía y la plenitud eclesial de cada iglesia local.

Tampoco le parecen soluciones acertadas la implantación del diaconado permanente, la delegación de tareas en laicos y laicas o la ordenación de hombres creyentes de contrastada valía (*viri probati*). Todas ellas quedan encuadradas en lo que llama soluciones *tradicionales, reformistas o pragmáticas*: se esperan soluciones externas a la propia comunidad; y no parten de una fundamental valoración de la mayoría de edad de la comunidad de creyentes que realmente lo sea: su capacidad de vivir-celebrar la fe y generar-elegir correctamente a

quienes deben desempeñar los diferentes ministerios o servicios necesarios, incluido el presbiteral.

Para Lobinger, la solución no debe venir ni de la repetición, con ligeros retoques o variantes, ni de la supresión del modelo actual: cura célibe, preparado fuera, con una vida diferente que le coloca por encima de la comunidad a que sirve. Propone dos modelos de presbíteros, «uno, en la línea de los curas actuales y otro que se fundamente en personas casadas, miembros locales de cada comunidad, que desempeñarían su ministerio a tiempo parcial, dado que tienen una profesión y una familia». Se realza el papel del grupo primero como «formador de los segundos», pero siempre «desde una concepción colegial de los ministerios» y desde el principio de que «cada comunidad local tenga sus propios ministros ordenados» (Estrada, 10).

Y defiende la necesidad de un nuevo término para designarlos. Cree conveniente que esa forma de llamarlos no contenga la palabra sacerdote: se trata de dos tareas, dos formas diferentes de servir a la comunidad, sin connotaciones sagradas. Y uno de los retos fundamentales será no clericalizarlos: para lo cual considera imprescindible que se trate de un equipo, que vivan una vida normal y que su remuneración quede asegurada por su trabajo. Las características de los componentes de estos equipos aclaran suficientemente cómo los concibe: con conciencia misionera, no cultural; miembros de la comunidad, elegidos por ella, con una profesión civil, con dedicación a tiempo parcial; solteros o casados pero con posibilidad real de testimoniar con su vida los valores cristianos relativos a la afectividad y a la sexualidad...

Y es claro en el desarrollo del libro que el autor no espera a que un concilio o una decisión vaticana lo autorice o proponga: para Lobinger, es urgente iniciar esta apuesta; no debemos esperar. «Ordenar a los líderes locales no es un favor especial, es nuestro deber... Lo ideal es

que cada comunidad cristiana tenga su propio equipo de ministros ordenados» (101. 102).

La urgencia del problema, sin embargo, no lleva al autor a generalizar esta apuesta. Es consciente de que no todas las comunidades están preparadas. Aunque se puede comenzar con

continua e implicar profundamente al cura que los atiende; la diócesis debería tener la conciencia del problema de fondo y de la necesidad de darle soluciones...

Dos libros, por tanto, interesantes por venir de un obispo de dilatada experiencia pastoral, por



proyectos piloto no definitivos, sometidos a análisis y a retoques. Algunas exigencias -dada la polisemia de la palabra comunidad- que deberían tener las comunidades que se adentraran por este camino: experiencia del encuentro con Cristo, consistencia y autoconciencia eclesial; comunión, carismas y ministerios; participación, relaciones personales y corresponsabilidad; acogida y compromiso por ser comunidades alternativas... Tampoco considera que todas las diócesis estén preparadas: una mayoría de los creyentes debería valorar que cada comunidad tenga sus propios ministros; debería haber equipos de laicos suficientemente sensibles y formados; la formación de estos equipos habría de ser

abrir cauces diferentes a las respuestas repetidas con inercia o pasividad y por respetar algunas de las grandes intuiciones de las comunidades de base repartidas por todo el mundo. También, por proponer una didáctica concreta y sencilla que puede dinamizar y dirigir el debate sobre un problema eclesial como el que nos trae entre manos: no sólo la escasez de curas, sino también -y sobre todo- el tipo de comunidad y de iglesia que está reflejado en la forma en que se aborde. Una gran parte de esta propuesta se encuentra enmarcada en una eclesiología similar a la que Moceop promueve e intenta poner en práctica desde hace mucho tiempo.

Ramón Alario

car tas



Carta de Pilar Rahola a José I. González Faus

11 de abril de 2012

Estimado amigo: hace ya un año que te debía estas palabras, después del diálogo que tuvimos sobre la trascendencia espiritual. Pero como lo urgente siempre devora a lo necesario, la respuesta se ha demorado. Sin embargo, aquí estamos otra vez en Semana Santa y otra vez hablando de Dios.

Agradeci tu preciosa descripción de lo que era la fe, espléndidamente resumida en el canto de Atahualpa Yupanki: «Hay cosas en este mundo / más importantes que Dios / que un hombre no escupa sangre / pa que otros vivan mejor».

Ese Dios que me mostraste, que no busca la contemplación de sí mismo sino ser contemplado en el dolor de la gente, es un Dios ante el que me inclino. Creer no forma parte de mi diccionario, porque estoy más cercana al nihilismo que al bálsamo religioso. Pero hace años que entendí que la trascendencia espiritual había convertido a simples mortales en silenciosos héroes que dedicaban su vida a mejorar la de todos.

Ese Dios que los ilumina, y que traza una línea de entrega, es un concepto maravilloso que me seduce a pesar de mi lejanía. Gentes como vosotros, creyentes de ese Dios de luz, sois un ejército de bondad que tiñe el mundo con la pintura del amor. Y cuando observo vuestro recogimiento en días como éstos, sobrecargados de simbolismo, algo de vuestra paz me serena.

Sabes mejor que yo, no en vano eres un gran pensador de la fe, que Dios es también la excusa del mal pequeño y... del mal en mayúsculas. Aborrezco profundamente la fe de los fanáticos, la conversión de la espiritualidad en un arma de intolerancia, la imposición de los credos, la represión del dogma, la negación del pensamiento.

Ese Dios castigador forma parte de la peor historia de la humanidad y es, sin duda, enemigo de tu Dios. Esa es la grandeza de tu creencia, que sitúas al ser humano en el centro de la fe, y es ese centro terrenal el que da sentido a tu espiritualidad.

Quizás estamos más cerca de lo previsible, porque lo que tu llamas fe, yo llamo ética, pero los dos concebimos el compromiso con nuestro tiempo y nuestra gente. Te confesaré -¡qué verbo más apropiado!- que la Semana Santa me carga mucho. Tanta exhibición, tanto barroquismo callejero, tanta dramaturgia impostada, no sé, me aleja de esa creencia íntima y humilde que engrandece a gentes como tú.

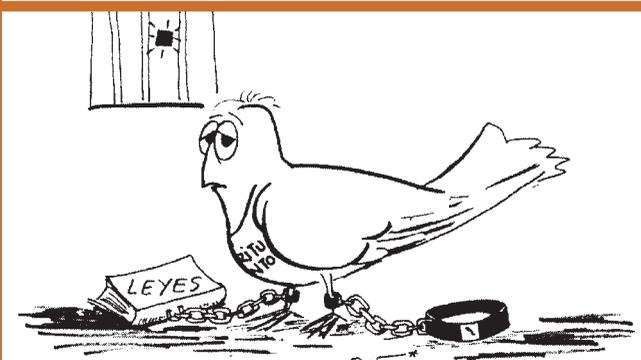
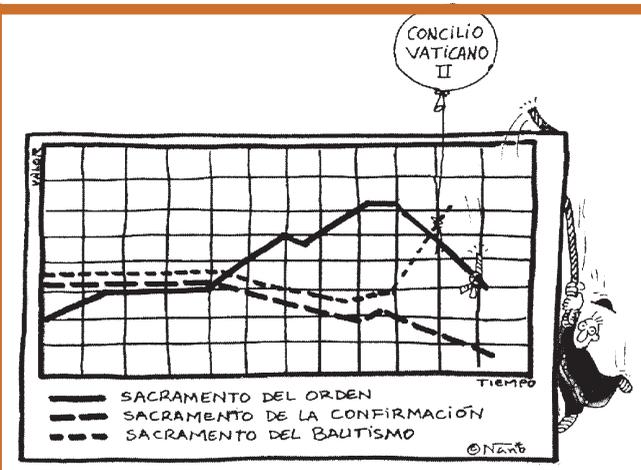
Ese Dios que pasean con tanta hipérbole me parece un Dios vanidoso y excesivo, más propio del consumo que del recogimiento. Y además, esa obsesión con el martirio, ¡qué tortuosa idea! Pero tu Dios, en cambio, es una idea luminosa que consigue interpelarme a pesar de no hablar su lenguaje.

Decía García Márquez que la idea de la existencia de Dios le desconcertaba tanto como la negación de esa idea. Por ahí debemos andar algunos, en desconcierto permanente. Pero sea como sea, el Dios que tú muestras sólo me da certezas. Porque el amor es quizá la única certeza que no tiene desmentido.



Muchas veces ayudó una broma donde la seriedad solía oponer resistencia. (Platón)

Picotazos de humor que es un don del espíritu y del corazón



moceop

QUIÉNES SOMOS

Un grupo de creyentes en Jesús de Nazaret ---surgido como movimiento hacia 1977 en torno al fenómeno de los curas casados y a las esperanzas de renovación originadas por el concilio Vaticano II--- que reivindicamos que el celibato sea opcional

Personas afectadas, más o menos directamente, por la ley del celibato (sólo el varón soltero puede acceder a desempeñar las tareas de presidencia de las comunidades católicas); **y creyentes que han sintonizado con esta reivindicación.** El aspecto reivindicativo (*celibato opcional*) fue el aglutinante inicial; la evolución posterior y la reflexión comunitaria nos han ayudado a ampliar perspectivas.

NOS SENTIMOS MOVIMIENTO

Nuestra **organización es mínima** y funcional: lo que nos une son unas convicciones que consideramos básicas en nuestro caminar:

- + **La vida** como lugar prioritario de la **acción de Dios**
- + **La fe en Jesús** como Buena Noticia para la humanidad
- + **La libertad y la creatividad** de las comunidades de creyentes
- + **La pequeña comunidad** como el entorno en el que vivir la comunión
- + Los llamados **“ministerios eclesiales”** como servicios a las personas y a las comunidades, nunca como un poder al margen ni por encima de ellas.

ESTAS SON HOY NUESTRAS COORDENADAS

La transformación de nuestra Tierra en un mundo más humano y solidario (*Reino de Dios*) nos importa más que los entornos eclesiásticos.

Las causas justas: ecología, solidaridad, pacifismo, derechos humanos. El Evangelio como *Buena Noticia*: ilusión, esperanza, sentido de la vida

+ **Somos iglesia y queremos vivir en ella de otra forma:** comunidad de creyentes en construcción y al servicio de las grandes causas del ser humano; en búsqueda, en solidaridad y en igualdad

+ **No queremos construir algo paralelo ni en confrontación con la iglesia: somos una parte de ella,** en comunión. Buscamos la colaboración con otros colectivos de creyentes (*Redes Cristianas*), para compartir y celebrar nuestra fe.

APOSTAMOS POR

- + **Ser acogedores** y acompañar a quienes se sienten **excluidos y perseguidos**
 - + **Plantear alternativas,** con hechos, a la actual involución eclesiástica
 - + Defender que la **comunidad está por delante** del clérigo
 - + Favorecer por cualquier medio la **opinión pública y la participación en la iglesia.**
 - + Defender que **la persona es siempre más importante que la ley**
 - + **Colaborar** con otros grupos de base que luchan **contra la exclusión.**
 - + Defender que los **ministerios no deben estar vinculados** ni a un género ni a un estado
 - + Estar cada vez más **abiertos** a las luchas por **la justicia y la solidaridad**
 - + Cuestionar cuanto sea necesario en búsqueda de la coherencia con el evangelio
- Buscar juntos y con quienes deseen buscar: clarificarnos, vivir, compartir.
 - Aportar, desde nuestras convicciones, cauces para la vivencia de la fe
 - Servir de referente para quienes viven la fe desde la frontera.
 - Valorar lo secular: participar en asociaciones que creen ciudadanía

“Doméstica”

La iglesia que yo quiero no es un templo, ni una catedral, ni un santuario.
No requiere altar, sagrario, púlpito ni bancos. No es lugar sagrado ni consagrado.

La iglesia que yo quiero no es un cuartel.
No manda la disciplina ni el régimen militar, no hay armas ni municiones, no es un polvorín ni un búnquer; no hay trincheras ni casamatas, ni galones, escalafones ni altos mandos.

La iglesia que yo quiero no es un palacio.
No hay corte ni trono, ni corona ni protocolo.
No hay sangre azul, ni familia real ni linajes ni rancios abolengos.

La iglesia que yo quiero no es una fábrica;
no hay horario laboral ni marketing de producción,
no hay recursos humanos ni mano de obra, no hay jefes,
no hay sueldos ni pluses, ni pagas extras ni finiquitos.

La iglesia que yo quiero no es un hotel.
No tiene estrellas ni tenedores,
no tiene “suites” ni “maitres” ni “chefs”, ni recepción, ni mozos ni servicios extras.

La iglesia que yo quiero vive en una casa,
y vive en la calle, en el colegio, en el taller, en la oficina.
Está más ocupada y preocupada con la gente que consigo.
Sale de casa, va a todas partes, pero vuelve a casa,
y en la casa descansa, se alimenta, reza, llora y ríe.

La casa de mi iglesia es acogedora, de puertas abiertas,
más volcada hacia fuera que hacia adentro;
pero respeta la intimidad y el descanso; hay silencio y palabra,
soledad y compañía; alimento y distensión.

La iglesia de mi casa se reúne en torno a la mesa camilla.
Con un poco de pan y vino nos vale para celebrar la vida.
En la casa lo importante son las personas. Todas son importantes.
Todas iguales y diferentes, atentas unas a otras; todas serviciales.

La casa de mi iglesia es un ámbito de libertad.
La iglesia de mi casa es un sueño y una apuesta.
Mi iglesia es doméstica.

Deme Orte